

20

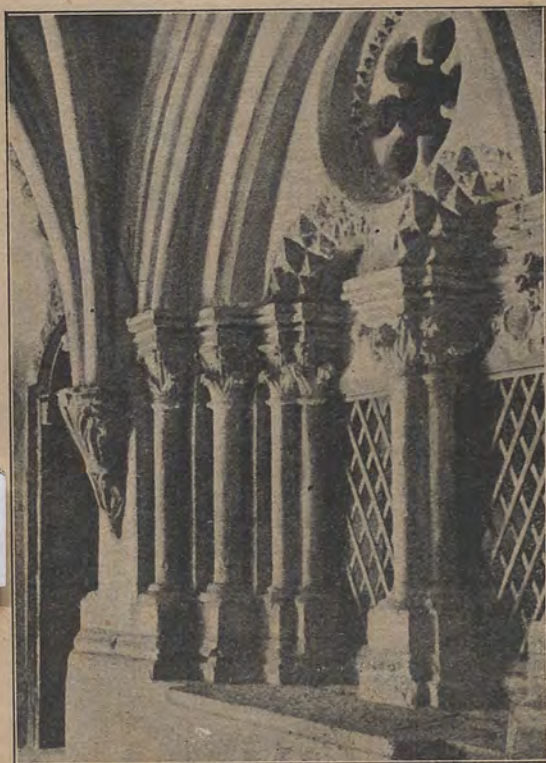
UNDRAMMA ERÖ ANTIGUA

190

15 - 25

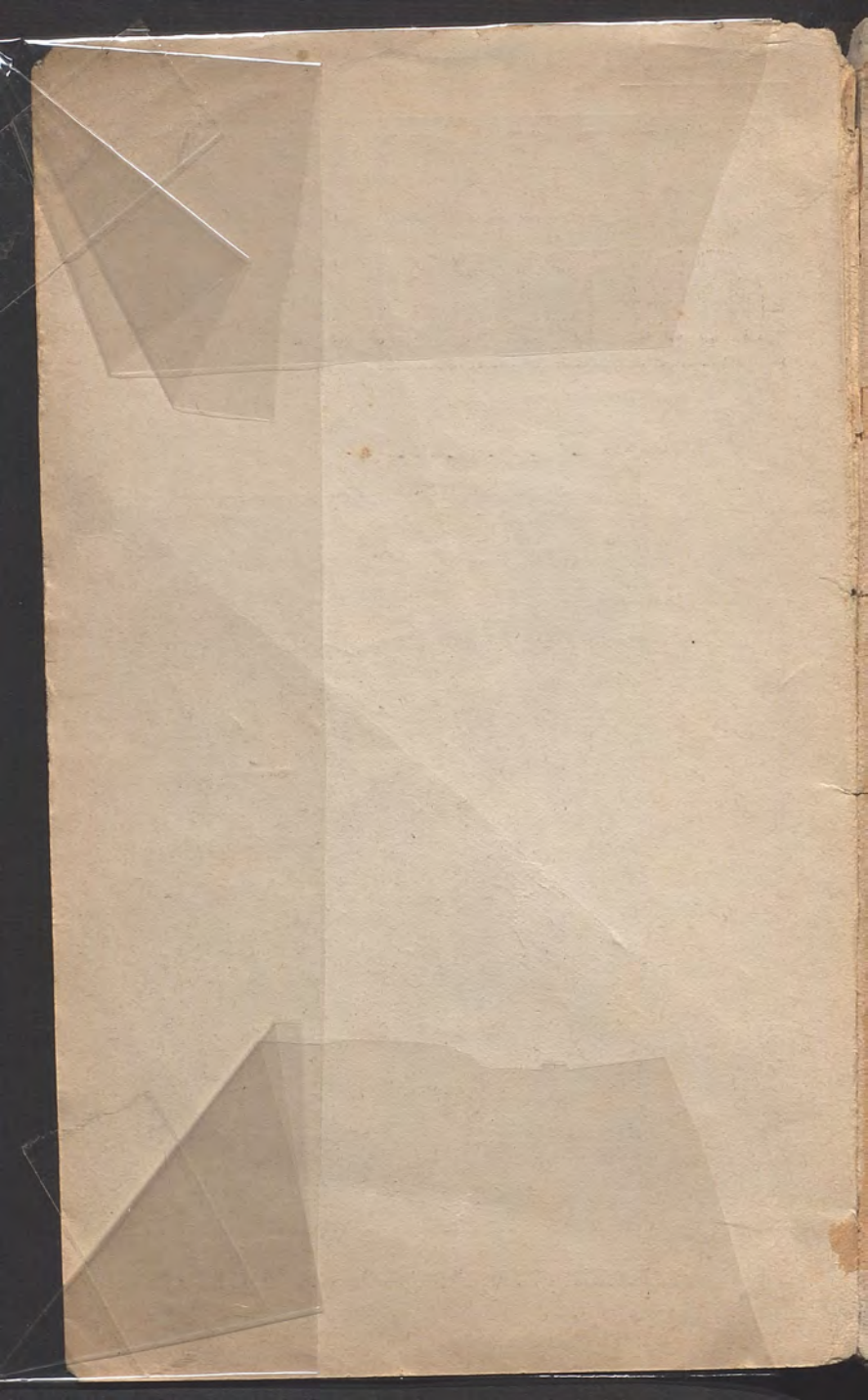
M. Turmo

UN DRAMA EN ANTIGUA



Casa Editorial LA VIDA LITERARIA.—Rosellón, 224, Barcelona.

259



b20063398

G-15-259

Un drama en Antigua

Es propiedad.

- R. 85.244 -

M. TURMO

*Un drama
en Antigua*



BARCELONA

«LA VIDA LITERARIA»

Guarner, Taberner y C.^a-Editores

224, Rosellón, 224

Tip. *Anuario de la Exportación*, Paseo S. Juan, 192.-Barna.

Un drama en Antigua

I

El lugar del suceso

«Los orígenes de «Antigua», se pierden en la noche de los tiempos».

Este tópico convincente y elocuentísimo, pronunciado y escrito por los eruditos locales en cuantas ocasiones ofrecían momento oportuno para ponderar la indiscutible vejez de aquella población insigne, distinguida por los gobiernos con multitud de títulos rimbombantes, lucidos en los escudos en forma de mayúsculas iniciales, era el punto de contacto, la fórmula de concordia, adoptados sin protesta, tanto por los que acha-

caban los cimientos de «Antigua» al cartaginés Amílcar Barca, como por los que atribuían la paternidad de la población al romano Sertorio.

Que la ciudad cuenta muchos siglos de existencia no puede negarse; así lo atestiguan á voz en grito, los papelotes y pergaminos de los archivos, y la honrada palabra de cronistas é historiadores; lo mismo aquéllos trozos de muralla, testigos y víctimas de un centenar de asaltos, victorias y vencimientos, que algunos vetustos caserones, muy tapados y escondidos en un laberinto de calles y pasadizos, pero asomándose por alto, para toser fuerte y despedir con anchura los humos de rancia y bien probada hidalguía. Pero que su fundador fuese un cartaginés ó un romano, un griego ó un fenicio, quédese como punto á dilucidar en el palenque ofrecido por la *Sección amena* del «Heraldo de Antigua», y en las semanales sesiones del Ateneo científico-literario, terminadas siempre con un himno magnífico á la ciudad insigne, noble, heroica y benéfica, gloria de la nación, pasmo de los siglos, teatro de las más grandes hazañas, patria de interminable letanía de poetas, sabios y artistas, cuna del civismo, espejo de la hidalguía, y altar sublime donde se rinde culto á la bandera, ofrendas á la belleza y homenajes al saber.

«Antigua», está situada entre dos ríos. El uno, de primer orden, cauce anchuroso, caudal abundante y curso tranquilo, muy satisfecho de su lejano nacimiento en las inaccesibles cumbres de altísimas y nevadas montañas; y el otro, muy modesto, oculto entre juncos y mimbreras, serpenteando entre sotos y zarzales, y temeroso de que su limpia corriente sea por completo absorbida en las fangosas asechanzas que le tienden huertas y jardines, para nutrirse y engalanarse con sus aguas.

El primero, socava con valentía los cimientos de la ciudad, recibe con orgullo las siluetas de los templos dibujadas en su verdoso espejo con rayos de luna, é irritase al chocar en los agudos pilares de vetusto puente, ó en los fértiles campos, que oponen en las orillas débil barrera á sus expansiones primaverales, á costa de portillos y hendiduras producidas por las dentelladas del monstruo. El segundo, apenas vislumbra las primeras tapias del poblado, busca refugio en una depresión del terreno, se oculta ruboroso en túneles de verdura, y corriendo bajo los puentes, sin murmurar apenas, consigue por fin sus modestos propósitos, deshaciéndose en azudes y regatas, venas y arterias de jardines y huertas.

En la planicie formada por ambos ríos, muéstrase orgullosa la vetusta «Anti-

gua; pero como le fuera insoportable la opresión que aquél doble obstáculo le producía, saltó por él con denuedo, para invadir el regadío y sembrar casas entre macizos de árboles.

A los esfuerzos de la población por extenderse, desplomáronse los enormes muros que la cerraban; las calles, asaltando el campo, amenazaron invadirlo por completo, como si quisieran huir de las estrecheces y angustias de la ciudad vieja; y aquélla lucha titánica entre el monte y el poblado, prometía concluir con la existencia del primero, á no aparecer un nuevo combatiente, dispuesto á librar descomunal batalla en defensa de sus legendarios é indiscutibles derechos.

Era la población tradicional, la verdadera «Antigua», la que ganó para el escudo los gloriosos títulos de *noble, heroica, benéfica é inmortal*; la legítima patria de tantos varones ilustres, la indiscutible autora de los esclarecidos hechos que narraba la historia con orgullo; era ella, que viéndose despojada del cinto de piedra que defendía la virginidad de sus costumbres y tradiciones; oyendo los quejidos con que los preclaros monumentos anunciaban la catástrofe; llorando con lágrimas de yeso y ladrillo los criminales propósitos de los enemigos, se disponía á defender sus preeminencias, negándose por boca de

sus eruditos paladines, á que con fútiles pretextos de ornamentación y salubridad, se pretendiese destruir el laberinto de sus calles, el misterio de sus monumentos, la quietud apacible de aquel pueblo sombrío, cuyos habitantes pisan blando, miran bajo y hablan quedo.

Lo cierto es, dicho con todo género de respetos, que la parte vieja de «Antigua» respondía de modo admirable á su nombre, y necesitábase, que, por decoro de los organismos que albergaba en su seno, y merced á los cuales mereció la consideración de capital de provincia, se dispusiera á transigir con las acometidas innovadoras de la gente nueva, que, mal hecha á rancios precedentes y arcáicas leyendas, pretendía lavar la cara de la ciudad, vestirla con nuevos y vistosos atavíos, darle alientos y vida, remozarla, verificando en ella, algo así como la trasfusión de la piedra y la argamasa, para poder exhibirla, compuesta y flameante, en el concierto de las capitales del reino.

Mientras las reformas se redujeron á extender el radio de la población, con daño exclusivo de la huerta, y á unos cuantos jardines raquíticos, muestra evidente de la fertilidad del suelo y del ingenio del artífice municipal encargado del ramo, todo fué bien, aunque no tanto que se dejasen de escuchar protestas de parte

de los más empedernidos antigüenses, temerosos de la embrionaria emigración á las afueras tuviese por remate el abandono de los viejos solares y de que aquellos ridículos plantíos hechos en las plazas, representarían la venganza del campo, que pretendía meterse en el poblado para compensar el terreno perdido en la huerta.

Pero el vocerío subió de punto, cuando, con el trazado de algunas reformas urbanas, amenazóse la integridad de no pocos vetustos caserones, que, al decir de los eruditos, constituían la historia de la gran urbe escrita en piedra; cuando una empresa para el alumbrado público, pretendió taladrar los vírgenes muros de aquellas mismas casas y convertir en tegida red de ténues hilos metálicos el sitio que correspondía de derecho á polvorientas telarañas; cuando, con pretexto de atender á la salud del vecindario, fueron abiertas las entrañas de las calles y destruídas las bóvedas y cisternas guardadoras de la grata frescura que se disfrutaba siempre en aquellos enmarañados rincones.

Entonces tuvieron que oír los debates del Ateneo, y tuvieron que leer las columnas del «Heraldo» y tuvieron que escuchar los corrillos de la sacristía mayor de la Catedral, después de vísperas, y los dichos de los concejales en el fuma-

dero del Ayuntamiento, y los comentarios de los invariables concurrentes al paseo de la Alameda. ¡Qué de gritos y altercados entre los dos bandos! qué defender los unos todo proyecto innovador y qué de censurar los otros toda idea de mejora! Una guerra de religión ó de raza, no hubiera encendido los ánimos como aquéllas singulares contiendas, mantenidas con ardor en todos los sitios donde se reunían dos ó más vecinos de la invicta ciudad. La caída del Gobierno, el anuncio de una guerra, los temores á una peste, eran noticias sin interés ante la frase más ó menos ingeniosa, pero siempre mortificante de cualquiera de los campeones, ó ante la publicación de un artículo furibundo en los periódicos locales.

De las agrias discusiones entre uno y otro bando, surgió la necesidad de un adjetivo con que distinguirse, junto con un apodo para insultarse; y un día, en pleno palenque ateneista, el más conspicuo partidario del mohín y la patina, encaróse con sus contrarios, propinándoles el calificativo de *mozos*, por los afanes innovadores é instintos modernistas de los interesados; pero estos, ni cortos ni perezosos, devolvieron el apodo por boca del orador de turno, llamando *chochos* á los antigüenses defensores de lo cauduco y de lo viejo; con lo cual quedaron

perfectamente deslindados los campos, y ya, entre *chochos* y *mozos*, no pudo haber la menor confusión, motivada por la falta de un mote que los diferenciase.

La división echose de ver en todo, en los paseos, en los actos religiosos, en los centros instructivos, en las corporaciones. Los *chochos*, encastillados en sus viejas casonas, burlábanse de los encañamientos y estrecheces de los edificios modernos; los *mozos*, amos y moradores del ensanche, reían de aquellos oscuros y ruinosos palaciotos, reñidos con el aire y el sol; los unos, afanábanse por presidir centros de instrucción, procesiones, asambleas; los otros, gustaban de frecuentar casinos y teatros, y hasta llegaron á poner su bolsillo al servicio de empresas de espectáculos un tanto llamativos; los primeros, iban á respirar oxígeno á los sombreados y solitarios andenes de la Alameda; los segundos obstruían á cada paso el libre tránsito por las aceras de las calles y plazas.

Pero llegó un día en que *chochos* y *mozos*, olvidando las diferencias que los separaban, comulgaron en el mismo altar de la curiosidad; por primera vez en muchos años, dejó de ser tema palpitante el de las reformas locales; y hasta la misma ciudad fué olvidada un momento, por concentrarse en uno de sus rincones

más oscuros, la despierta atención de los preclaros hijos de Antigua.

La cosa lo merecía. Un caserón inmenso y desierto, llamado el Palacio de los Virreyes por haber desempeñado este cargo en nuestros perdidos dominios de América algunos de sus antiguos poseedores, y puesto en venta años atrás, en virtud de la extrema necesidad de su último dueño, daba señales de vida con gran sorpresa de los buenos antigüenses.

Era el tal palacio una mole inmensa, adosada á la catedral, mirándose como esta á los cristales del río, con saliente balconage, amplio portalón, patio anchuroso con macizas columnas sostenedoras de gótica galería, estupenda escalera con rellanos como plazas; y arriba, salones y más salones, en número infinito, y muchos patios interiores, y más salones aun, todos con los suelos de yeso, techos de vigas, paredes desconchadas, y todos oliendo á húmedo y sonando á eco.

Al decir de los entendidos en la materia, atesoraba el palacio obras artísticas de primer orden en pintura y artesonados, lo cual no fué bastante á evitar que el anuncio de venta rodase años y años por las columnas de los periódicos locales, ni que á ningún antigüense ocurriera la buena idea de salvar aquel mo-

numento de la ruina que le amenazaba, empleando en su adquisición, la misma diligencia que pusieron en juego para gestionar del Gobierno la compra para el Estado de aquella joya inestimable é inútil. Es verdad que también se murmuraba que las gestiones no fueron hechas con el interes debido, por estar los encargados de ellas, un tanto interesados en que el tiempo recrudeciera las necesidades del dueño, y colocara á éste en el duro caso de vender á precio de romance, el último resto de un esplendor fenecido; y tal vez no marcharan fuera de senda los que tal aseguraban, á juzgar por las miradas codiciosas que dirigían al macizo frontispicio del caserón, dos ó tres antigüenses, del bando de los *chochos*, al salir diariamente de recrear los oídos con los galimatías musicales del órgano, durante la misa mayor de la Catedral.

Júzguese la sorpresa de *mozos* y *chochos*, cuando un día aparecieron los balcones del caserón perfectamente encristalados, sus puertas lavadas, y en el patio de ingreso inmensos bultos y cajas, que denunciaban la proximidad de un inquilino.

Los vecinos no salían de su admiración ante aquel remozamiento del palacio, centro en épocas lejanas descritas por los cronicones, en el que, durante

vespertinas fiestas, lució su ingenio y su donaire la flor y nata de la ricahombría de Antigua: lugar donde hallaron adecuado hospedage cuantos príncipes y obispos dignáronse pernoctar al abrigo de los inmortales muros de la ciudad, vírgenes de toda traición y cobardía; cuna de tantos hombres ilustres en el saber, el valor y el gobernar, cuantos eran los que en aquellos inmensísimos salones abrieron los ojos á la luz y á la gloria, excepción hecha del último y manirroto descendiente de los virreyes, quien al malbaratar su hacienda y poner en vil venta el vetusto edificio en cuyo fuerte brazo apoyábase la no menos insigne Catedral, siendo aquel ayuntamiento gallarda muestra de la unión invencible de la Iglesia y la nobleza, infería un mortal desgarró en el libro sacro de las tradiciones patrias, y lo que es peor, proporcionaba un poderoso argumento á la media docena de *mozos* descamisados, que en el Ateneo y en el «Heraldo de Antigua» abogaban á todas horas por la inmediata extirpación del cáncer del privilegio y de la rutina.

¿Quién será el mortal felicísimo, preguntábase los *chochos*, favorecido por la suerte, con el privilegio de vivir al abrigo de aquellos ínclitos paredones saturados de recuerdos?

¿Quién será el ente ridículo y farfan-

tón, decían los *mozos*, con ánimo bastante para morar en aquellas estepas enlo-sadas?

¿Quién será el *tio*, murmuraba el buen pueblo antigüense, tan sobrado de dinero, que se se permite el lujo de tales compras?

II.

Los personajes

— ¡Noticia, noticia! — gritó Alberto Gonzalvez, entrando como una bomba, á hora muy avanzada de la noche, en la redacción del «Heraldo».

Al escuchar estas voces, suspendió el Director del periódico el morrocotudo artículo, en el que trituraba el editorial del último número del «Diario de Antigua», órgano de los *chochos*; los *reporters*, aplazaron la difícil tarea de traducir á prosa corriente la serie de garabatos ininteligibles, hechos en las cuartillas durante la nocturna rebusca; los amigos molestos, para quienes el trabajo del periodista no merece las atenciones del silencio y la quietud, dejaron de hablar en alta voz y de revolver papeles y periódicos; hasta el mismo mozo quedóse con una pregunta del regente en la boca, pareciendo por su actitud un gigantesco signo de interrogación.

Alberto Gonzalvez era el más entro-

metido de los *mozos*, y si no ejercía en la clase funciones de presidente, debió achacarse, más que á falta de méritos y condiciones, á sobras de independenciamiento y egoísmo. Trasnochador y jaranista, partidario acérrimo de la última hora del teatro, y de la última hora del casino, y de la última hora del periódico que bien pudiera titularse hora primera por coincidir casi siempre sus campanadas con la salida del sol, su faena constante consistía en perseguir toda noticia que llevase aparejado algún escándalo hasta lograr un completo esclarecimiento, y si en los pliegues de la mala nueva, lograba envolver alguno de los sesudos y respetables miembros del bando de los *chochos*, creíase el más feliz de los hombres, el más avisado de los *reporters*; y pródigo en la satisfacción como en el dinero, iba tirando risa por todas partes; y á los pocos momentos de reír él, reíase en el teatro, en el casino, en los cafés, en las calles, siendo más estruendosas estas risas, si sus ecos turbaban el reposo y la quietud en alguno de los caserones ennegrecidos por los humos de la nobleza y arranciados por el sabor á pergamino.

Decían los *chochos*, y acaso no anduvieran muy lejos de lo justo pues á cosas más estupendas conduce la pícara condición humana, que el furor demo-

crático de Gonzalvez, envolvía un fondo de despecho, por ver que, con todo su dinero y apostura, no lograba vestir la cuna humilde en que nacieron sus padres, vulgares prenderos elevados á la categoría de comerciantes al por mayor por obra y gracia de varias contratas de calzado sin suelas conseguidas durante la guerra civil: pero estas maliciosas especies, importaban poco á Gonzálvez, por compensarlas con creces el aprecio unánime del mujerío antigüense, nada meticuloso en cuestiones de abolengo cuando el desnudo de una cuna vulgar era cubierto por el esplendor de un tá-lamo brillante.

La misma enemiga con que le distinguieron los conspícuos del bando contrario, anmentó su prestigio en la bulliosa grey de los *mozos*; y de esta manera, querido de las mujeres por reunir las tres condiciones apetecidas por ellas, dinero, tiempo y figura; y admirado de los hombres, en sus cualidades de rico, osado y holgazán, vino á ser pronto el palillo de todos los gaitas y la piedra de toque en todos los escándalos.

De aquí que su entrada en las oficinas del «Heraldo» la noche de marras, promoviese general regocijo, y el anuncio de una noticia salida de sus labios, causara sensación enorme en el ánimo de los oyentes.

—Venga, venga—gritaron todos.

Gonzalvez, fingiendo un cansancio que no sentía, dejóse caer sobre una silla, refrescó sus sienes con el aire causado por las alas de su sombrero, y, entre resoplidos y muecas

—No es una noticia, es un notición—dijo.

—Pues venga pronto—gritó el coro.

—Y no es sólo un notición, es una historia.

—¿Escandalosa?—preguntó uno.

—Escandalosa y emocionante.

El director dejó el artículo contra el «Diario» para mejor ocasión; los *reporters* comiéronse media docena de noticias; los amiguitos impertinentes mostraron bocas como buzones de correos; y el mozo sepultó en el saco del olvido la pregunta del regente.

—Vayamos por partes—habló Gonzalvez.—Ya se sabe quien es el inquilino, mejor dicho, el propietario del Palacio.

—¿Quién es?

—Una mujer.

—¡Una mujer!

—Y joven; y además de joven, guapa.

—Pero ¿tú la has visto?

—La he visto.

—¿Y le has hablado?

—La he hablado, y casi, casi, somos amigos.

¡Era mucho hombre el tal Gonzalvez! Andaban todos en Antigua, bebiendo los vientos por averiguar lo que sucedía dentro de los espesos muros del caserón de los Virreyes, y cuando los asaltos de la curiosidad estrellábanse en el silencio de los criados y en el mutismo de las paredes, salía él por el registro del «sábelo todo», más la añadidura de una amistad reciente con el comprador del Palacio.

— Pues señores — dijo Gonzalvez; — hallábame esta tarde en las oficinas de la «Electra antigüense» y hete aquí que se presenta una mujer de alguna edad solicitando los servicios de un empleado para estudiar con toda urgencia la instalación de la luz en el palacio de los Virreyes. ¡Horrible profanación! pensé yo; pero como soy buen aficionado á esas cosas de la electricidad y además accionista de la Empresa, díjome también, que ni buscada con candil se me ofrecería mejor coyuntura para lucir mi ciencia, y saber á la vez lo que nadie supo hasta ahora; y sin más tardanza, encaminé mis pasos al palacio.

Llegué, anunciéme, y en espera de ser recibido por el dueño de la casa, di permiso á los ojos para esplayarse á su sabor. Lo que vieron hizome reir. Figuraos un salón enorme, con un techo enorme, y unas puertas enormes, y unos

balcones enormísimos, y figuraos al lado de tanta enormidad, una sillería muy rica, pero muy pequeña, cuyas piezas puestas en guerrilla, parecían bailar un rigodón, y unos centros invisibles llenos de chismecillos microscópicos, y unos espejos que asemejaban mirillas en aquellos paredones, y una alfombra, que estirábase la pobre todo lo posible sin alcanzar á cubrir siquiera una docena de losas del pavimento; y figuraos todo esto, visto á la medrosa luz del atardecer, y decidme si no anduve en lo justo, al creerme en la casa de un gigante habida por un muñeco.

No fué muñeco, no; fué una muñeca monísima, la que se presentó á mis ojos, saludándome con vocecilla simpática, que temblaba en la concavidad de la estancia. Expúsele el objeto de mi visita, di los consejos pertinentes al caso, y al advertir que por aburrimiento ó por miedo, parecía satisfecha con mi presencia y mi charla, atrevíme á prolongar la conversación, acaso más tiempo del conveniente. Hablamos del palacio, de Antigua, de Madrid y de que se yo cuantas cosas más; dile á conocer todas mis circunstancias, pues no me agradaba pasar á los ojos de una mujer guapa, por un empleadillo de tres al cuarto, y cuando la noche venía, y la oscuridad del salón pudo más que las luces de unos cuantos

candelabros, juzgué necesario retirarme, llevándome como recuerdos la tarjeta de la interesada, el convencimiento de que á nuestra hermosa y simpática convecina se le ha perdido algo en «Antigua» y el propósito firme de dar con ese algo.

La tarjeta dice así:

«Martina Corrales»

—Corrales, Corrales... — dijo uno de los oyentes—ese apellido me suena...

—Y á otros también les ha sonado; y siguiendo ese son pude dar con el violín.

Pues sí señor: ese apellido es de Antigua; y los padres de mi señora Martina son de Antigua, y en Antigua vió ella la luz primera... ¡Díganme ustedes si la noticia, más que noticia, no es un notición de los de mayor cuantía!

—¿Pero el escándalo?—dijo uno.

—Ya va hombre, ya va... Aunque con sólo lo dicho debiera bastar para satisfacer vuestro apetito por esta noche.

—¡El escándalo! ¡el escándalo! — gritaron á coro todos los asistentes.

—Qué ya va, os digo, antropófagos. ¿Sabéis quien de todos nuestros ilustres convecinos se llama Corrales?

—¿Quién?

—¿No |habéis oído hablar, ni de chicos ni de grandes, de un tal Damián Corrales...

—¿ El azotaperros de la Catedral?

—El mismo.

—¿ Acaso el...? — habló el más impaciente.

—Silencio, silencio, — dijeron todos, conteniendo la válvula de escape de la curiosidad.

—El tal Corrales — prosiguió Gonzalvez — con su facha tristonra y obras de rapavelas, fué en su juventud un buen mozo bien plantado, que casó, como pudo haber hecho cualquier otra cosa, con una chica muy guapetona, venida á servir á la ciudad, de un pueblo de la sierra. Dióle la mujer una niña, pero con el crecimiento de la familia no aumentaron las aficiones al trabajo en aquel corazón empedernido; y, harto de la esposa y de la hija, sin decir «ahí queda eso», largóse un día á la montaña, para aumentar el número de voluntarios en una partida carlista.

La mujer, víctima de tan criminal abandono, fuése con la niña, no se supo donde; y perdido el rastro de aquella disuelta familia nadie se ocupó del asunto, hasta que terminada la guerra, presentóse, con cartas de recomendación para algunos canónigos, un titulado teniente de los ejércitos leales, quien merced á las influencias puestas en juego por los conspicuos del partido, ocupó la

plaza, á la sazón vacante, de *suiizo* ó *azotaperros* de la Catedral.

El tal teniente, era Damián Corrales, quien dióse tal maña para borrar todas las obscuridades de su pasado, que muy pronto captóse las simpatías de la tropa ultramontana; luego, á creer malas lenguas, además del cargo de *azotaperros*, desempeñó el de brazo derecho y ejecutor de las justicias de nuestro muy amado enemigo D. Diego Lope de Mendiá, el más poderoso de los antigüenses y el más insoportable de los *chochos*...

Y el exteniente carlista, actual *azotaperros* catedralicio, y ciego instrumento de los *chochos*, es por añadidura, padre amantísimo de nuestra convecina y propietaria del palacio de los virreyes, la bella señora, señorita ó lo que sea, doña Martina Corrales.

—¿Qué tal?

El concurso enmudeció de emoción. Jamás suceso alguno de los ocurridos en Antigua, durante tres generaciones por lo menos hubo de absorber el público interés, como lo absorvería la historia estupenda y edificante, narrada por Alberto González en la oficina del «Heraldo».

El director, los redactores y los amigos del periódico, dedicáronse á paladear el escándalo dando mil vueltas al asunto, mientras esperaban el completo

desarrollo del día, cuyo nacimiento anunciábase con ténue claridad que se filtraba por las rendijas de las puertas junto con la punzante brisa, que con su débil soplo hacía temblar en los mecheros las desnudas luces del gas, para esparcir á los cuatro vientos, como parva tendida en tiempo tempestuoso, el noticia de la compra del palacio de los Virreyes, hecha por la hija del *azotaperros* de la Catedral, Damián Corrales; pero, mientras aquellos bulliciosos trasnochadores, formaban mentalmente planes de rápida publicidad, ya la noticia, llevada por el mozo de cuartillas al regente, y del regente á un cajista, y del cajista al rodador, saltó á la calle en busca de momentáneo descanso en los oídos del sereno, y éste, al cantar la hora, hubiera dado el noticia al aire, á no advertir por el chirrear de una puerta, la apertura de próxima taberna, donde satisfizo con la estupenda especie, el importe de una cumplida copa del más áspero aguardiente: de manera que cuando los tertulios del «Heraldo», creíanse momentáneos depositarios de la edificante historia de Corrales, ya la tal noticia rodaba por calles y plazas, y servía á los madrugadores de suculento desayuno.

Lo que más hizo que pensar y que reir á los conspicuos de Gonzalvez, fué la herida grave que en el prestigio de los

chochos iba á inferir la promulgación de la noticia, pues de muy atrás se sabía, el apoyo que al exteniente carlista prestaba el meritísimo señor D. Diego Lope á cambio de un servilismo incondicional de parte del favorecido, y como ese señor Lope, jefe de los de su bando, hubo hecho más de una vez, público alarde de su protección al insignificante *azotape-rrros*, parecía natural, que el completo descrédito del instrumento, redundase en grave perjuicio del brazo que lo empuñaba.

Por fin el regente de la imprenta acusó el completo del número; acabóse la confección del periódico, y abandonaron las oficinas, redactores y tertulios, cuando ya las calles iban recobrando el diario movimiento y abríanse las tiendas y voceaban los vendedores y trepidaba el suelo con el traqueteo de los carros, y llenábase el ambiente con los ásperos sonidos del trabajo y de la vida.

Aquellos hombres, capitaneados por Alberto Gonzalvez, y cuyas caras, lánguidas y amarillentas, contrastaban con los rostros redondos y alegres de los que viven del esfuerzo muscular de sus brazos, formaron grupo en la acera rieron por última vez el más reciente chiste hecho con el pie forzado de la historia de marras y despidiéronse hasta la próxima noche, con propósito de acopiar

durante el día abundante combustible con que mantener la hoguera del escándalo.

Gonzalvez y uno de sus íntimos, tomaron el camino de la casa del primero, situada para mayor sarcasmo en pleno dominio de los *chochos*, cuando, al doblar una esquina en aquel laberinto indescifrable de calles y callejones, vieron venir un presbítero, respetable por su apostura y la brillantez de sus ropas talares, que llevaba á su izquierda en actitud de siervo y un poco atrás, á la distancia de perro mimado, un ente ridículo, mezcla de clérigo y seglar, que parecía una mancha, con las alpargatas negras, terno averiado del mismo color, bufanda al cuello y gorra encasquetada hasta las orejas y que caminaba cual si pisase de puntillas, con la vista fija, y un si es ó no es codiciosa, en las lucientes hebillas de plata de los zapatos de su compañero.

—Mira—dijo á Gonzalvez su amigo.

—¿Qué?

—El *azotaperros*, hombre; el Damián Corrales, que como todos los días viene acompañando al Deán.

Acortaron el paso los seglares para contemplar más á sabor á su futura víctima, el suizo catedralicio; y al cruzarse ambas parejas, evitando cuidadosamente el contacto, cruzáronse también, aunque con la rapidez del relámpago, la olímpica mirada del Deán, con la bur-

lona sonrisa del infatigable *reporter* del escándalo.

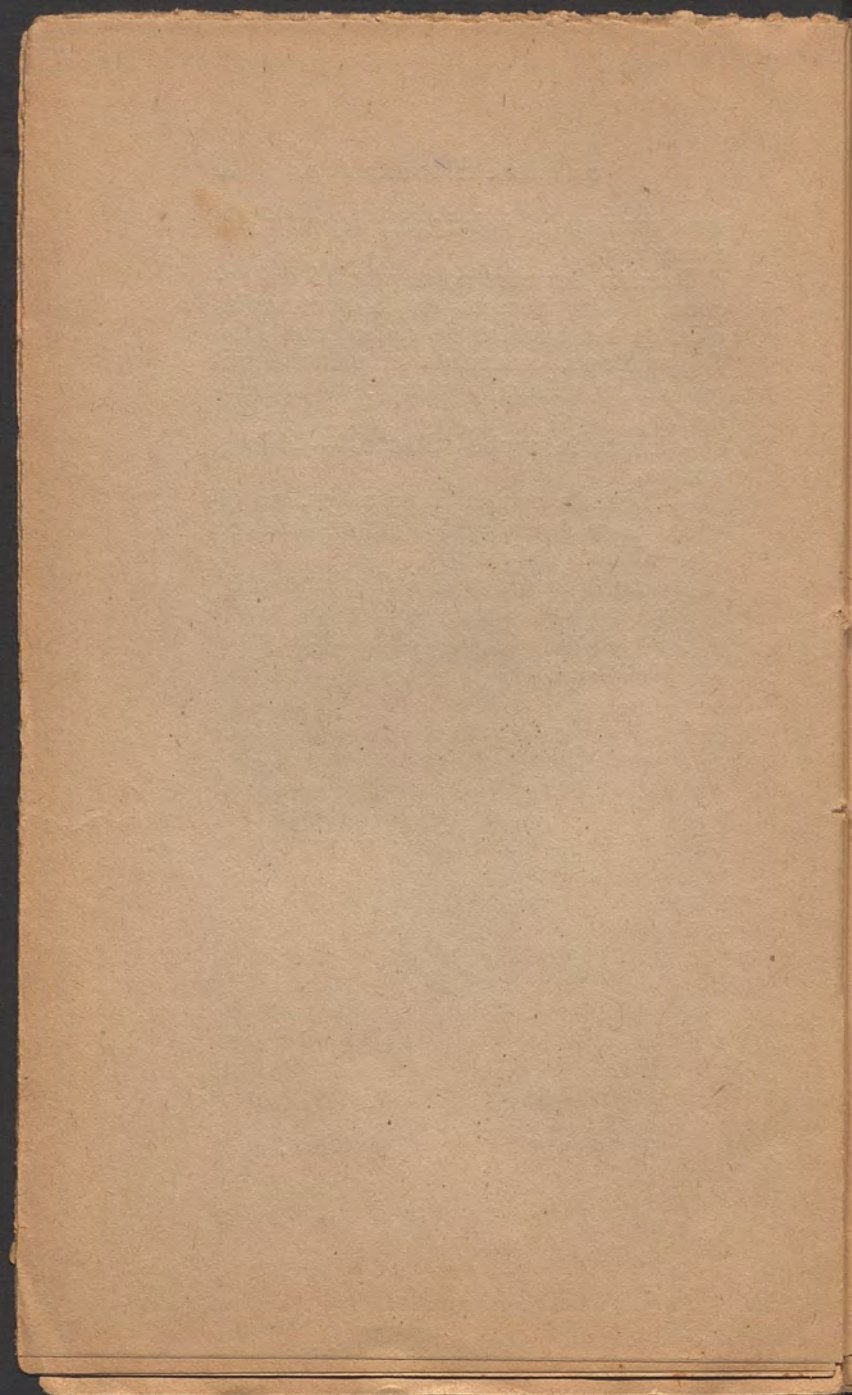
Damián Corrales no se percató del encuentro; iba absorto en la contemplación de las hebillas de quien, con Don Diego Lope, compartía el pleno dominio de su mísera y ramplona humanidad.

—Hasta la noche Alberto, — dijo el amigo.

—Hasta la noche. Y ya sabes, no olvides la recomendación que os hice con las palabras del poeta:

—«No te lo digas ni á tí mismo».

La risa del uno y del otro, murió aplastada bajo el peso del sueño y del cansancio.



III

La acción

Damián Corrales estaba desconocido. Luciendo amplísimas opalandas, signo del cargo; sugeto en la mano derecha el labrado bastón de plata, símbolo de su autoridad, y paseando con magestuosa lentitud por las solitarias naves del templo, única carga de la prebenda, parecía más alto, más grueso, más hombre. No era la cosa, la mancha, la grotesca sombra de la espléndida figura del Deán. Era el último mono de la iglesia, pero aunque mono, gozaba de un relieve, de un rango, de sus derechos y de sus preeminencias. Azote de los perros, espanto de los chicos, maestro de ceremonias de altar abajo, guardador del orden, código de irreverentes, grosero con los humildes, áspero con los iguales y servil con los superiores, recorría cien veces en una mañana, el amplio recinto de la Catedral, despabilando durmientes, enmudeciendo chiquillos y ahuyentando canes.

Aquel día el semblante de Corrales apareció nublado; sus paseos por el templo fueron más numerosos y más rápidos que de costumbre, sin tener en cuenta, que la excesiva movilidad se halla reñida con el ritual del cargo; y su bastón hería con más fuerza las inocentes é insensibles losas del pavimento.

Al inaugurar sus tareas y vestir las insignias, varios monagos y no monagos, murmuraron para sus rizados sobrepellices, algo que él no pudo entender, pero que á él iba dirigido á juzgar por los asomos de sonrisas maliciosas y miradas burlonas que provocó su presencia; y aunque estas cosas preocupábanle muy poco, por que sabía que los oficios ínfimos de la iglesia son muy propensos á la envidia y la murmuración, aquella mañana, sin darse cuenta del motivo, hiciéronle mal cuerpo los desahogos de la gente menuda, y sus desasosiegos aumentaron de un modo alarmante al advertir idénticas sonrisas y parecidas miradas en algunos devotos madrugadores, que á la proximidad de Corrales suspendían las piadosas oraciones, para poner los ojos con sobrada impertinencia en la hueca figura del azotaperros.

¿A qué tanto mirarle? ¿qué pensaba aquella gente? ¿qué quería? Y Corrales dáble vueltas á la imaginación, ana-

lizando por todos lados su historia presente, ya que la pasada hallábase escondidos debajo del olvido, en busca de la causa de tan intempestiva curiosidad; y aunque algún asuntillo poco claro daba fe de presencia en su no muy despierta memoria, presentábase tan cubierto por la casi infinita omnipotencia del ilustre señor D. Diego Lope de Mendía, que el humilde pertiguero rióse de sus aprensiones, y sacudiendo las amplísimas mangas de su ropón adamascado, volvió á ser el grave, ceñudo é incorruptible mártin diurno de la magnífica Catedral.

Los canónigos, vistiendo los hábitos de trabajo deslizábanse silenciosos por las desiertas naves y se filtraban á través de las puertas laterales del coro; en algunas capillas, debilmente iluminadas por dos cirios, oíase el murmullo del rezo del celebrante y la voz chillona del acólito; en el altar mayor se advertía el ir y venir de los sacristanes preparando el servicio para la misa de terno; en un rincón muy obscuro, despachaba el penitencionario á toda prisa, unas cuantas emantilladas beatas, quietas en el suelo, en larga fila de bultos negros; de la bóveda bajaban los ecos del campaneó, anunciando la próxima ceremonia. Damián Corrales situose en la *via sacra*, cerca de la puerta grande del coro; empezaba su trabajo más importante.

De los altos sitials de nogal, se destacaron un prebendado y dos canónigos, quienes precedidos del suizo, que golpeaba acompasadamente con su macizo bastón, dirigieronse á la sacristía, para vestir los bordados ornamentos de la misa conventual.

Inmediatamente Corrales fué presuroso á la puerta del templo, donde tenía que cumplir otra obligación no menos importante; y tieso en la puerta del atrio en la actitud nerviosa de quien espera, púsose á mirar el desfile de beatas, criadas y desocupados, que acudían presurosos á la llamada del último toque. De pronto, el bastón de plata chocó con fuerza en las losas, volvióse el hombre sin decir palabra, y con toda la magestad posible, entró en iglesia adelante, llevando tras sí un personaje muy respetable por sus años y por su aspecto, completamente afeitado, vestido de negro, que traía en la mano derecha el sombrero de copa alta, y en la izquierda viejo y hebillado manual de piadosos ejercicios. Al llegar á la pila del agua bendita, hundió Corrales sus dedos, sacudiólos, y los alargó al recién llegado, murmurando un latinajo de circunstancias. Y vuelta al bastoneo y á lucir por la iglesia los velos del ropaje, hasta llegar á uno de los bancos lindantes con la dorada verja del presbiterio; y mientras

el piadoso personaje se arrodillaba al pie de uno de los extremos del banco, decía-le Corrales al viejo, con su más humilde acento:

—¿Se le ocurre algo, D. Diego?

—Nada, — contestó el interpelado, y abriendo los broches del libro, púsose á buscar el registro de sus oraciones, mientras el *azotaperros* volvía á su diaria y no muy trabajosa faena de mantener la mayor compostura en el escaso concurso de fieles desperdigados por el amplio recinto de la iglesia.

Celebróse la misa con la solemnidad acostumbrada; lució el organista sus habilidades, ejecutando en el ofertorio un arreglo estruendoso de motivos de óperas olvidadas á fuerza de sabidas y enlazados por estupendo repiqueteo de notas y arpegios y fugas, con aplicaciones de todos los registros habidos y por haber; embalsamaron el ambiente las olorosas nubes del incienso; hicieron los sochantres gala de su voz profunda como si la emitieran con bocina ó abocados á una campana; y al terminar la ceremonia, tornó Corrales al lado de D. Diego; levantóse este; precedido por el *suizo* y con igual prosopopeya que á la entrada, dirigieronse á la puerta del templo; tomaron á medias el agua bendita; y camino de su casa el personaje, fuese el pertiguero en busca del terno para guiar-

lo por la *vía sacra* á sus sitios del coro; y hechas todas estas operaciones, que constituían su diaria y más penosa obligación, marchó á la sacristía, para despojarse de su flamante vestimenta y volver á su habitual estado, de mancha negra, figura sin líneas y cosa sin relieve.

En aquel momento, acercóse á Corrales un monago muy pequeño y muy vivo y díjole:

—De parte del señor Deán, que vaya en seguida á la sala capitular.

No sorprendió el encargo al requerido, por ser innumerables las veces que recibiera el mismo mensaje por encargo del presidente del cabildo; pero aquel día, sea por aprensión, ó porque enlazase el aviso del superior con las miradas y sonrisas dirigidas á su persona, y que, dicho de paso, repitiéronse con alarmanente frecuencia durante la celebración del oficio, la vocecilla del travieso monago, sonó en sus oídos con extraños dejos de próxima é inevitable tormenta.

—Allá voy — dijo el hombre; y cogiendo su sebosa gorra, fué con paso inseguro y ánimo contristado al sombrío claustro, que daba acceso al inmenso salón de los legítimos cabildeos. En una puerta inmensa, adornada con grandes clavos de bronce, dió con los nudillos, unos cuantos golpes medrosos, y tras-

currido el tiempo prudencial de la espera, filtróse por la pequeña rendija, abierta con débil empellón.

Allí estaba el Deán, luciendo brillante sotana del más caro merino; paseando arriba y abajo, con manifiesta agitación; y tragándose á pequeños mordiscos, un rico veguero sujeto entre los dientes.

Corrales quedóse pegado á la puerta, sin atreverse á respirar, y mirando estúpidamente el lujoso techo artesonado, las paredes cubiertas de retratos de obispos, y los sillones de cuero y nogal, repartidos por el salón.

El Deán, fingiendo no ver al humilde siervo del Cabildo, siguió sus paseos, rumiando palabras, como si estuviese preparándose á pronunciar un sermón de empeño.

El siervo, á cada vuelta de su amo, humillaba más la cabeza.

El Deán iba reduciendo sus paseos.

El siervo tocaba ya el suelo con la testa.

—¡¡ Señor Corrales!! — dijo el presbítero con voz tonante.

El interpelado enderezóse de pronto. Era blanco.

—Sr. Corrales; oígame V. con atención.

El Sr. Corrales, que veíase tratado con

tanta ceremonia, bajó de nuevo la cabeza. Tornóse rojo.

—Sr. Corrales. Cuando por reiterada recomendación de amigos nuestros muy queridos, entró V. al servicio del Cabildo, nadie tuvo empeño en pedir antecedentes de su persona, fiados en la respetabilidad de los recomendantes, y en el buen precedente, de haber V. puesto sus energías al servicio de la buena causa. ¿No es así?

Silencio absoluto de Corrales, que se iba encogiendo por momentos.

—Pues bien, los amigos, el Cabildo, todos, hemos sido villanamente engañados por V. Usted no es lo que parece; V. es un libertino, un mal hombre. ¿Lo entiende V.?

El libertino quedó reducido á la mitad. Volvióse verde.

—En Antigua no se habla de otra cosa. Todo el mundo sabe que tiene V. una hija... sí, señor, una hija. Y que esa hija se ha presentado inopinadamente en la población; y no así como se quisiera, con modestia, para no despertar la curiosidad de las gentes, sino adquiriendo y habitando el artístico palacio de los Virreyes. ¡Mire V. que el palacio de los Virreyes, comprado por la hija del *azotaperros!*

Corrales volvió por sus fueros de persona dando de sí cuanto pudo en un rá-

pido estiramiento, pudiendo entonces advertirse que los pantalones le estaban cortos y la chaqueta escasa; se coloreó su rostro, y avanzando unos pasos, con gran admiración del Deán que le creía menos hombre, encaróse con su interlocutor, para decirle:

—¿Pero que está V. hablando? Que yo tuve una hija, es verdad; que nada he sabido mas tarde de esa niña, también es cierto; que soy un mal padre, no lo dudo; pero que esa hija se haya presentado en Antigua, siendo como V. dice, dueña y moradora del palacio de los Virreyes, vamos, que no lo creo. Y, ó lo ha soñado, ó es una broma de mal género que quisieron dar á V.

—Si lo he soñado, — dijo el Deán — idéntico sueño han tenido todos los señores del cabildo; y si es una broma, á V. que en primer término ha de tocar las consecuencias, corresponde destruirla con el testimonio irrefutable de la verdad. —

—Pero, señor Deán.

—Basta de conversación, que no gusto de palabras inútiles. De hoy á mañana tiene V. de tiempo para reflexionar. Si esa señora, que por lo visto goza de tan holgada posición, es la hija abandonada por V., su puesto está á su lado. Véala, y reclame cerca de ella sus olvidados derechos. Sí, como V. dice, y yo

no creo, no tiene esa mujer ninguna relación de parentesco con V., ó si aun teniéndola, se presta á borrar toda huella de escándalo desapareciendo de la población sin dar más señales de presencia que las acusadas hasta ahora, quitado todo peligro de contacto entre el aristocrático palacio y el humilde siervo de esta santa casa, podrá V. volver al disfrute tranquilo de su modesto empleo.

Dicho esto con tono de récipe y homilia, fué el Deán en demanda de su brillante manteo que colgaba de una percha, dentro de lujoso armario; calóse el sombrero, y salió del salón, dejando á Corrales que se las compusiera á solas con la tempestad que amenazaba estallar en su cerebro, y que anunciábase en su rostro con miradas ardientes y contracciones de músculos.

—¡Mi hija, mi hija! — decíase á sí mismo. — ¿Será cierto? Y rica... muy rica... No, no es posible, no puede serlo, no lo será... Y ¿por qué no, cuando todos lo dicen, y todos me miran y todos rien?... De modo, que si aquella muñeca, que con mucho trabajo lograba apenas balbucear mi nombre, viene aquí por azares de la suerte, con humos de gran señora, habré yo de renunciar á la tranquilidad de mi vida, á la placidez de mi empleo, al cariño del Deán, á la protección de D. Diego... No, imposible.

Ir yo á su lado, para recobrar mis perdidos derechos de padre, nunca. Dejar mi destino, un destino muy pequeño, muy ruin, para los que juzgan por las apariencias; muy grande, muy provechoso, para los que saben cual yo que así como la Naturaleza encierra á veces sus joyas en sucia costra, la suerte suele esconder sus halagos en bajos oficios; dejar yo mi bastón, mis ornamentos, jamás. . . jamás. Pero señor ¿ que trastorno es este que viene de pronto á interrumpir el curso tranquilo de mi vida, y á demoler el bien cimentado castillo de mis deseos?

Y así por este tenor fué discurriendo y hablando solo el buen Corrales, sin acordarse de la hora ni del lugar en que se encontraba, y cuando en un momento de sosiego se dió cuenta de sus actos, y quiso alejarse de la casa de Dios, para seguir en la suya, pobre y destartada, el monólogo elocuente de sus confusiones, hallóse con las puertas de la catedral cerradas y forzado á permanecer hasta la hora de vísperas, en aquella espléndida prisión.

Para despejar la cabeza de las espesas nieblas que la entenebrecían, dióse á recorrer el edificio, de ancho á ancho, y de alto á bajo; y descendió á la cripta, donde los sepulcros de Obispos y canónigos habláronle de que podremos ser

todos iguales en la muerte, pero no en la sepultura; y subió á las torres, y la vista de la ciudad boca abajo, hizole pensar en los desengaños que se sufren en las alturas; y, cuando al descender del campanario, paróse para tomar resuello, en un tragaluz abierto en la angosta escalera, miró al exterior, y quedóse confuso, al advertir que se encontraba al nivel del tejado del palacio de los Virreyes.

Un deseo acometióle de pronto.— ¿Y porque no? — se dijo. Y adelantando un pie, luego otro, encontróse haciendo equilibrios sobre las tejas. Anduvo un rato con mucho tiento, y al llegar cerca del alero, tendióse y alargó el cuello cuanto pudo.

Hallábase á la vista de un gran patio interior, rodeado á la altura del piso, por amplia galería. Observó un rato; y ya molido por aquella incómoda posición, iba á retirarse, cuando una mujer vestida con rico traje de paseo destacóse en el obscuro fondo de una puerta. Corrales miró más; la mujer era joven y era guapa, lo cual no quiso decir que fuera su hija. Detúvose un momento á escuchar lo que respecto al caso le decía el corazón, y este, clara y terminantemente, le contestó: «¡á mí, qué!»! Imposible resolver el problema con sólo el auxilio de los ojos.

La mujer fuese á un lado de la galería, oculto para Corrales, y este, arras-trándose, cambió de sitio, poniendo el observatorio al abrigo de la carcomida ventana de un desván de la casa. Tiempo perdido: la dueña del palacio eclipsóse por completo.

Corrales deshizo el camino, entróse por el tragaluz y á los pocos momentos esperaba en el atrio la hora de vísperas para recobrar su libertad.

Durante la espera, tomó su determinación. Nadie como D. Diego, conocedor de todos sus secretos, para aconsejarle y dirigirle; y resuelto á ello, se le hacían siglos los minutos que tardaba en abrirse la maciza y claveteada puerta, y hasta llegó á discurrir, aunque en vano, la manera de verse libre sin más tardanza de la inoportuna encerrona.

Por fin, oyó ruido de pasos, metálico son de llaves; abrióse la puerta, y franca la salida, echóse fuera Corrales, como conejo perseguido por hurón, balbuceando una excusa al sacristán que rió á placer la cómica aventura; y á paso de galgo, fuese á la morada de Don Diego, advirtiéndole que las miradas y risitas de la mañana, se repetían en las caras de todos los transeuntes.

—Avisé á D. Diego — dijo á un criado — que está aquí Corrales.

—El señor ha salido.

Y sin decir ni gracias, emprendió precipitada caminata en dirección á la Alameda, sitio donde D. Diego, siguiendo tradicional costumbre, solía digerir la substanciosa pitanza, discurriendo apaciblemente por aquellas frondosas arboledas, en unión de algunos graves funcionarios del clero y la justicia.

Atravesó Corrales el vetusto y chepado puente de piedra, que ponía en comunicación la ciudad con el paseo, y tendiendo la vista á lo largo de los andenes, fijóse en un grupo, único en aquel sitio solitario, compuesto por un clérigo y dos seglares que caminaban muy despacio, parándose á cada cuatro pasos, y metidos, á juzgar por el incesante manoteo, en urgente, honda y apasionada discusión.

Poco tiempo tardó Corrales en reconocer en uno de los paseantes á su ilustre protector D. Diego Lope de Mendia, y algo más en ponerse á tan escasa distancia de aquellos, que pudo oír la conversación, palabra por palabra.

¡Horror de los horrores!, hablaban de él; de su pretendida hija, del palacio de los Virreyes.

Tentado estuvo á retroceder, dejando la conferencia con su protector para mejor instante; pero en aquel punto volvió el rostro de D. Diego, percatóse de la

presencia de Corrales, y sonriendo beatíficamente dijo á sus compañeros:

—Aquí está el hombre.

Y dirigiéndose á Corrales, apartóse con él á los linderos de la carretera, para exclamar con acento de paternal protección:

—Todo lo sé, Damián, todo lo sé.

—D. Diego, en V. confío. Usted conoce mi historia, usted no ignora mis penalidades; V. es dueño de mis secretos y de mis acciones; V. me aconsejará; ¿no es verdad D. Diego?

—Es verdad. ¿Pero que demonio de idea le ha dado á esa chiquilla de presentarse en Antigua, y presentarse además con tanta ostentación y boato? ¡Mira tú que ganarme por la mano una desconocida en la compra del palacio! ¡Y dicen que es guapa!

—Y dicen que es mi hija.

—Y lo será, hombre, lo será. Siempre creí que estabas llamado á grandes cosas.

—No entiendo D. Diego.

—Ya me irás entendiendo. Ahora más que nunca, tenemos en nuestra mano, y por poco dinero, el palacio de los Virreyes.

—¿Pero el Deán...?

—Déjate de deanes.

—¿Y el cabildo?

—Y de cabildos.

En aquel momento, vieron venir á todo trotar de dos briosos caballos, el carruaje de alquiler de más lujo de las cocheras de Antigua, levantando una nube de polvo en el abandonado paseo. Al estribo del coche, luciendo su donaire, cabalgaba un individuo que trascendía á la legua á la despreocupada apostura del empedernido Alberto Gonzalvez.

D. Diego y Corrales, suspendieron la conversación y clavaron los ojos en la carretera, como si en el conocimiento de la persona que se permitía el lujo de pasear en carruaje en tarde no feriado, se hallase la clave de un enigma.

El coche ocupábalo una mujer bien ataviada, que con vistosa sombrilla de riquísimos encages, defendía el carmín de su bello rostro, de los sofocantes rayos del sol.

—Debe de ser tu hija, — dijo gravemente D. Diego.

—La misma, — contestó Corrales, recordando la mujer que hubo visto en los balcones del Palacio.

En aquel momento cruzaba el coche, y á la vista de la dama, contrajéronse las facciones de D. Diego, quien murmuró un ¡«ella»! sombrío y despechado, mientras la mujer abría los ojos y la boca, á impulsos de profunda y desagradable sorpresa.

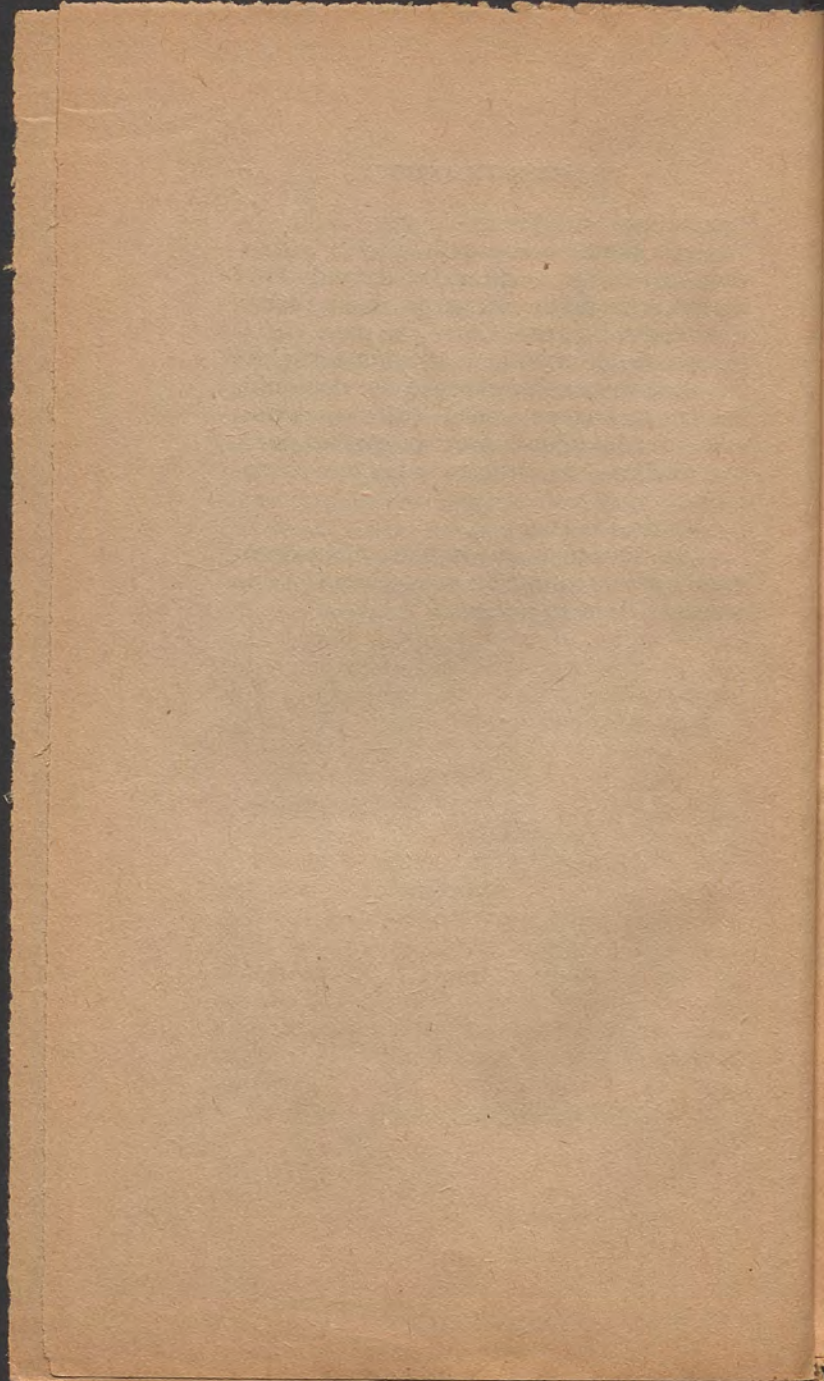
Pasó el coche; pasó también Alberto

Gonzalvez, sonriendo de gozo á la vista de la hombruna pareja, y el Sr. Men-
día, tras breve meditación, demudado el
rostro, contraído el cuerpo, asió fuerte-
mente del brazo á Corrales, para decir-
le en tono de mando y ademán resuelto:

—Esa mujer, hija tuya ó del demonio,
lo cual casi viene á ser lo mismo, es pre-
ciso, absolutamente preciso, que no duer-
ma mañana en Antigua. ¿Lo has enten-
dido?

—Pero D. Diego...

—No hay más que hablar, ni es oportu-
no en este sitio. Yo soy el amo: ya lo
sabes. Ella ó tú; elige.



IV

Una escena

Salón en el palacio de los Virreyes.—Aunque generalmente no se cuida en el Teatro de la armonía de proporciones entre los muebles y la estancia, procúrese en este caso dar al escenario todo su fondo y anchura, para que resalte con más fuerza la pequeñez de un mobiliario modernista, cuyas piezas deberán hallarse distanciadas entre sí, un kilómetro escénico, cuando menos.—En el momento de levantarse el telón, dos obreros electricistas suspenden el trabajo, dejando hilos metálicos pendientes del techo, y apoyadas en la pared, contra antiquísimos lienzos, retratos de la familia de los Virreyes, dos escaleras de madera.—Martina y Gonzalvez, tumbada ella en una «chaise longue», y sentado él en diminuta «marquesina», departen amigablemente.—Anochece.

Martina. — Todos, todos lo mismo. Aparece una mujer desconocida, de buen ver y regular vestir, y ya se sabe, persecución al canto, indagaciones, acechos. Si casada, por casada; si soltera, por soltera; si viuda, por viuda. Lo importante es asediarla, aburrirla, compro-

meterla. Y hacen ustedes bien; porque al fin y al cabo, ¿qué es una mujer? un capricho, una moda, un éxito, y como el éxito, la moda y el capricho, se persigue, se logra, se exhibe y se tira. ¿No es así?

Gonzálvez. — ¡Pobrísimos juicios el que tiene usted formado de los hombres!

Mar. — No tan pobre como el que tiene usted hecho de las mujeres.

Gon. — Inconveniente de ser guapas.

Mar. — Desventajas de ser hembras.

Gon. — (Acercando la marquesina). Pero hembra guapa, como usted; y además de guapa, simpática; y por añadidura, buena.

Mar. — (Sentándose en el otro extremo del mueble). Y dale con la adulación. Pero hombre de Dios: ¡usted que sabe si soy buena ó mala, ángel ó demonio! ¿Sabe V. de donde vengo? Vamos á ver; conteste.

Gon. — Sí.

Mar. — ¿Y á que vengo?

Gon. — Sí.

—*Mar.* — ¿Y quien soy?

Gon. — (con mucho aplomo) Sí.

Mar. — (riendo) ¡Es gracioso! Pues si lo sabe V., dígalo. Pero antes alumbrémonos. (Levántase y agita una pequeña campanilla puesta encima de un adorno). Más le valiera á V. señor electricista, ordenar mayor diligencia en la

instalación; cuando menos tendríamos con que llamar y con que ver. (A una doncella que aparece en la puerta.) Traiga V. bujías. (vuelve á su asiento); con esa luz tan raquítica y temblona, veremos... que no vemos.

Gon. — Ahora que discuro; ¿para que más luz, ni más electricidad, que las que despiden esos ojazos?

Mar. — ¡Cursi!

Gon. — Gracias.

Mar. — Pero volviendo á la conversación. Ayer aparecí á los ojos de V. con todos los atractivos de una incógnita, y hoy presume V. de saber de mi pobre persona tanto como yo.

Gon. — Tanto, no; más.

Mar. — Pues hable V. hombre; hable V. de una vez. Desde que puso esta tarde los pies en los umbrales de este palaciotte, anda deseando y temiendo á la vez decirme no se que cosas, muy graves y emocionantes, á juzgar por el tiempo que tardan en salir de sus labios, y si para facilitarle el camino, hace á V. falta el estímulo y ejemplo de mis expansiones; allá van hombre, allá van, que así como así, de no desahogarme con V. tendría que hacerlo con esos muy respetables señores, pegados á las paredes, tal vez por el susto que les produjo, la presencia en la casa de esta humilde pecadora.

Mi repentina aparición en Antigua, ocupando este destartalado edificio que no tiene de palacio más que el nombre y las dimensiones, ha debido ser motivo de largos y tal vez nada piadosos comentarios. Todos en Antigua andarán á estas horas preocupados por saber quien soy...

Gon. — No señora.

Mar. — ¡Como que no!

Gon. — Todos lo saben.

Mar. — ¿Qué todos lo saben?

Gon. — Públicamente se dice, que la dueña y moradora del antiguo palacio de los Virreyes, es la bellísima...

Mar. — (riendo) Señora.

Gon. — Señora, Doña Martina Corrales, nacida en Antigua, hace veinticuatro años, tres meses y cinco días...

Mar. — (siempre riendo) Y catorce minutos.

Gon. — E hija de nuestro convecino, el oficial del ejército carlista, Damián Corrales...

Mar. — (Entristeciéndose de pronto) ¡Pobre padre! Crea V. que el motivo único que me obligó á elegir, como lugar de pasajero destierro, el pueblo de mi niñez, fué el gusto de recorrer los mismos sitios donde se abrieron mis ojos á la luz, y se cerraron los de mi padre á la vida.

Gon. — (En el colmo de la sorpresa)

¿Pero qué dice V. señora? Damián Corrales...

Mar. — Si señor, el mismo, mi padre. (Levántase presa de visible agitación.) Crea V. que los padres que tienen hijas, no debieran morir nunca, nunca.

Alberto Gonzalvez quedóse nudo y estupefacto. Los caracteres de melodrama que iba tomando la cuestión le encantaron. Aquella mujer ignoraba, que su padre vivía, y creyó deber de conciencia sacarla de tan lamentable error. Además, las obligaciones de *reporter* honorario del «Heraldo», la casi jefatura de los *mozos* y la simpatía creciente que le inspiraba la nueva dueña del Palacio, forzaronle á precipitar todo lo posible el desarrollo de los sucesos, en beneficio del escándalo, y acaso de sus propios intereses.

Gon. — ¿De manera que Damián Corrales murió?

Mar. — Desgraciadamente.

Gon. — Y ¿en qué época?

Mar. — Era yo muy niña. Mi madre díjome muchas veces que él pobre fué una de tantas víctimas inmoladas por la pasión política en la última guerra civil.

Gon. — ¿Y jamás le ocurrió á V. la idea de hacer averiguaciones, para adquirir plena certeza de la desgracia?

Mar. — ¡Para que más seguridad que

la que me daba la tristeza de mi madre!

Gon. — Sin embargo, en las guerras puede haber errores tristísimos. Los partes oficiales se equivocan; los informes particulares también. ¡Mueren tantos, y es tan anónima esa muerte!

Mar. — Pero aun que así sea; el error de los vivos debe deshacerlo la presencia del pretendido muerto.

Gon. — Es verdad; cuando el muerto oficial tiene corazón y sentimientos honrados.

Mar. — Mi padre los tenía de sobras. Luego su muerte es cierta.

Gon. — O no lo es.

Mar. — (Mirando á Gonzalez de hito en hito.) Estoy observando, que en esta nuestra segunda entrevista, que se prolonga demasiado atendida la ninguna relación de parentesco y amistad que nos une, usa V. un lenguaje ambíguo, y me atreveré á decir que hasta impertinente, no muy conforme con el concepto de caballero y hombre de mundo, que me mereció desde el primer instante; y será preciso, que si el trato con esta mujer tiene para V. algún atractivo, se disponga á exponer con mayor claridad sus pensamientos, y á dar á sus palabras, toda la transparencia necesaria, pues no gusto de vivir atareada despejando incógnitas y resolviendo enigmas.

Gon. — (Con gravedad.) Y como de-

claro tener muy merecida tan elocuente catilinaria, prometo para en adelante, completa y radical enmienda, y, en prueba de ello, ahí va mi pensamiento, mondo y lirondo, sin embages ni rodeos.

Mar. — Venga.

Gon. — V. cree que su padre murió en campaña durante la guerra civil ¿ no es así?

Mar. — Eso es.

Gon. — Pues está V. en un completo y lamentabilísimo error.

Mar. — ¡ Como!

Gon. — Su padre vive.

Mar. — ¡ Vive!

Gon. — Y vive en Antigua.

Mar. — ¿ En Antigua?

Gon. — Y lo ha visto V.

Mar. — ¿ Donde?

Gon. — En la Alameda. Estaba con otro, vestidos los dos de negro, y ha pasado V. en su carruaje á cuatro pasos de ellos.

Mar. — ¡ Qué dice este hombre! ¡ Qué horror! Está V. loco. ¡ D. José mi padre!

Gon. — Pero de que D. José habla usted.

Mar. — ¿ De quien he de hablar? de D. José Estebáñez, de quien V. dice que es mi padre.

Gon. — Yo no digo semejante cosa, ni conozco á ningun D. José Estebáñez.

Mar. — Pero aquel señor, alto, afeitado, vestido con levita negra y sombrero de copa ¿no es D. José Estebáñez?

Gon. — No señora, ese hombre es D. Diego Lope de Mendia.

Mar. — (Sonriendo amargamente.)
¡Me ocultó su nombre! estamos iguales. Pero mi padre...

Gon. — Su padre es el otro individuo en quien tal vez no se fijase V., porque tiene la buena costumbre de ajustarse á la sombra del que acompaña.

Mar. — ¿Y donde está? ¿Donde vive? ¿Que hace que no viene? ¿Porqué me olvidó?

De los ojos de Martina cayó súbitamente la venda que los cubría, y junto con la venda, un rio de lágrimas, que al verse contenido por las manos de la triste, filtróse por los dedos, para perderse en los encajes de las mangas. En un momento de rápida y provechosa meditación; uniendo el pasado con el presente; recordando incongruencias y lágrimas de los relatos de su madre; los hondos pesares de esta; su silencio unas veces, sus amargos lloros otras; dióse cuenta exacta de la verdad. Su madre fué una martir; su padre un monstruo; y salió de aquella unión tan execrable, una mujer cual ella, angel y demonio á un mismo tiempo.

Alberto Gonzalvez respetó el dolor de

aquella mujer que seguía siendo un enigma para él, y cuando Martina puso los ojos mojados en su visitante dando á conocer con ello la vuelta de la pena á los rincones del alma, apresuróse el hombre, despidiéndose prudentemente, á dejar para otra entrevista el conocimiento de los lazos que unían á la hija de Corrales, con su mortal enemigo, D. Diego Lope de Mendia, por otro nombre José Estébanez.

—No, no se vaya V.—díjole Martina.—Ahora es más preciso que nunca que se quede, que me siga, que me juzgue. Bebía V. los vientos por saber quien era yo; pues bien, va V. á saberlo.

—El estado en que V. se encuentra—habló González, —no es el más á propósito para explicación alguna. Hay momentos en los que se dice más, mucho más, de lo que se quiere y se debe decir. Sosiéguese V. y otro día...

—De ninguna manera; ahora, ahora mismo. Además ¡si lo desea V.! ¡si desmienten sus ojos lo que dice su lengua! Dejaría V. de ser hombre y hombre joven, sino sintiese la comezón de lo dramático é inesperado. Oígame, le digo.

—Oigo.

—De mi niñez, sabe V. lo mismo que yo. Lo que V. no sabe, es que refugiada en Madrid, mantúvose mi madre con

el producto de su trabajo, y que el esfuerzo fué tanto y la resistencia tan poca, que todavía muy jóven, y tras rápida enfermedad, acabaron sus penas y comenzó mi abandono. Casi una niña, bonita y sola, no es de extrañar que anduviese por el mundo rompiendo ó sorteando las redes que á mi virtud tendían, los como V., conquistadores de oficio. Salvé las primeras emboscadas, defendíme de otras, pero caí, como caen todas, si el apetito y la soledad nublan la vista y anquilosan el entendimiento.

Puesta en brazos del diablo, tuve la suerte ó el talento, de que me llevara en coche; y de entonces á hoy, mi vida ha sido la de todas, aunque acaso como ninguna supe acordarme de que el despertar de la orgía, suele ser momento de tristezas y recriminaciones, al ver convertido en pedazos de salud y trozos de cristal, lo que bastara para asegurar un largo vivir y un espléndido pasar.

Ultimamente protegióme (ya sabe V. que hemos adoptado esta palabra para suavizar el concepto); protegióme, digo, un secretario de la embajada inglesa, quien llamado por su gobierno para un asunto del servicio, antes de partir, quiso asegurarse de mi fidelidad, acordando mi destierro en un punto tranquilo de la península.

Por aquellos días, leí en un periódico

el anuncio de venta de esta casa, y sin más averiguaciones, sin percatarme de la importancia de la compra, trabajé y conseguí de mi inglés el regalo del palaciotte, cuya adquisición hice yo, y pagó él, á tontas y á locas, como es costumbre en las mujeres de mi condición y los hombres de su imbecilidad.

Y aquí tiene V. convertido en lugar de mi tormento, el que soñé escenario de la única época tranquila de mi vida.

Ya lo sabe V. todo; ya sabe V. más que nadie de Antigua. Más que nadie, no; hay un hombre que me conoce y que voy á descubrir, en justo castigo de haberme ocultado su nombre, y de la grave enfermedad que contraí por su culpa al poco tiempo de su conocimiento, y que me puso á las puertas de la muerte.

Me refiero á D. José; digo á D... ¿como se llama?

—D. Diego Lope de Mendia, — dijo Gonzalvez.

—Pues bien, ese señor D. Diego me conoció hará próximamente cuatro años; gustéle; era él rico y viejo, condiciones que apetecen las mujeres más que fruta prohibida... Pero ¿á que seguir? Esto no tiene importancia; uno de tantos.

Y, ahora, puede V. retirarse cuando guste y puede también echar pedazos de mi vida á la calle, para satisfacer la cu-

riosidad de mis paisanos. Solo le suplico, que antes de marcharse, me diga el paradero y cuantas circunstancias sepa referentes á mi padre, para yo discurrir á solas y trazarme una linea de conducta.

—Antes, Martina, de satisfacer su legítima curiosidad, debo decirle, que si algún deseo insano alimentaba al sentar mi planta en el palacio, ese deseo se halla contenido, en la muralla que acaba V. de levantar con su franqueza, entre mi apetito y su hermosura. No serán trozos de su vida los que arrojaré á la calle, sino pedazos de mi carne los que habré de perder en defensa de su persona, si alguien intentase molestarla en el reposo de su momentáneo retiro.

—Gracias.

—Y voy á contestar á su pregunta. El padre de V. Damian Corrales, brazo derecho de D. Diego Lope de Mendia, por otro nombre D. José Estebánéz, desempeña actualmente el oficio de suizo ó *azotaperros* de la iglesia Catedral de Antigua.

—¡*Azotaperros!* ¡que vergüenza! Pero ¿que digo yo? El avergonzado en caso, deberá serlo él; ¿no es verdad?

—Quien sabe, Martina.

—¡*Azotaperros!* ¡Mi madre, mi pobre madre!

Por segunda vez, abriéronse los gri-

fos del llanto en el hermoso rostro de aquella mujer: y pensando Gonzalvez, que la soledad es siempre la más fiel compañera del dolor, despidióse de Martina, llevándose en el alma una emoción extraña que su espíritu voluble y tornado no supo apreciar.

—Adios, Martina.

—Adios.

—¿Hasta cuando? Esa instalación no está terminada todavía y habrá que...

—No, no venga V., se lo suplico.

—Como V. quiera; pero si me necesita...

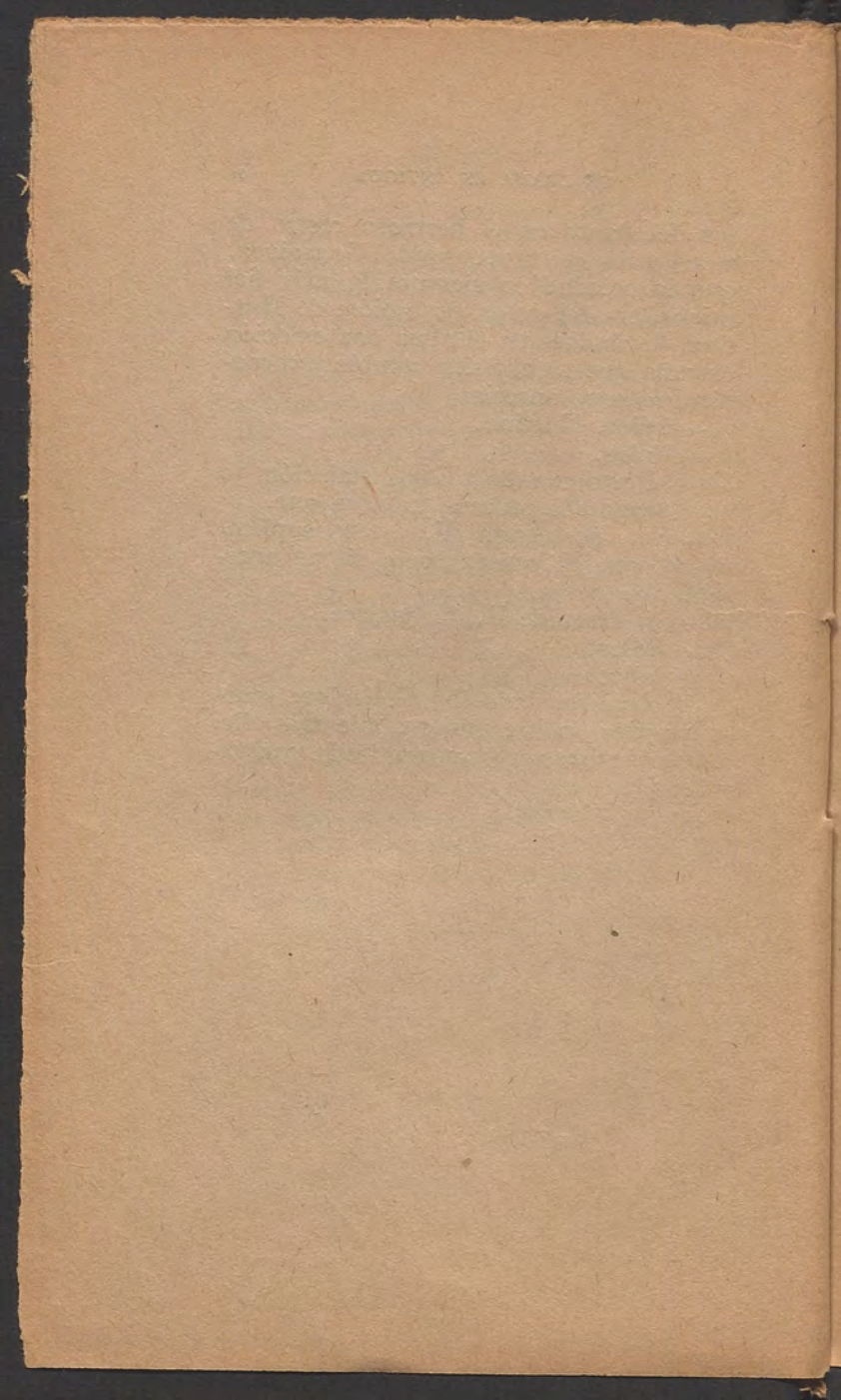
—Sí, descuide V., le llamaré.

—Adios.

—Adios.

Y escalera abajo iba Gonzalvez murmurando: «pobre mujer», mientras ella, entre lágrimas y suspiros, decía con rabia:

¡¡Azotaperros!!



V

La trama

Era el gabinete de trabajo de D. Diego, mezcla de despacho y sacristía. Una mesa antigua, cuyo tablero de nogal ocultábase bajo montones de papeles atados con trencilla encarnada; un sillón de cuero sugeto con clavos de bronce; varias sillas de parecida catañura, dos estantes que reventaban de empacho de la ciencia impresa en unos cuantos cientos de volúmenes, y los títulos literarios del dueño, expuestos en lujosos marcos, constituían la parte profana de la estancia. Dábanle aspecto místico, un crucifijo de madera y marfil, puesto sobre la mesa en el lado del evangelio; alguna figurita religiosa, haciendo oficios de pisapapeles; varios cuadros muy oscuros dejando adivinar en el fondo la imagen de un santo; la pililla del agua bendita; y el velón de aceite, cuya luz, dispuesta de manera que alumbrase el rostro del visitante, competía con desventaja con la escasa claridad que se filtraba por los espesos cortinajes de los balcones.

Y sin embargo, en aquel despacho, de apariencia modesta, eran resueltos los asuntos más arduos de la población, se proveían los más altos cargos, se dictaban sentencias, porque autoridades, prebendados, jueces y maestros, guardábanse muy bien de inclinar la balanza al lado de la misericordia ó de la justicia, sino al que indicaba el fiel de D. Diego. Este, lo era todo, reuniendo en su persona todos los cargos, todos los oficios; obispo, cuando el obispo confería órdenes; gobernador, cuando el gobernador multaba; alcalde, cuando el alcalde proveía vacantes; magistrado, cuando el magistrado juzgaba; y como es cierto, que no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios, cierto es también que en Antigua no se movió el tallo, sin la voluntad de D. Diego.

Un tanto mermaidilla andaba su autoridad por los tiempos en que ocurrían los sucesos del palacio del Virrey, por culpa de los traviosos *mozos*, empeñados en destruir reputaciones, para fundar en las ruínas del edificio venerable erigido por D. Diego en muchos años de titánica y sorda labor, el templo arlequinesco de una libertad desenfrenada y una nivelación moral, incompatibles con la marcha segura y tranquila de los pueblos hacia el bello ideal de la suma de todas las inteligencias en una sola in-

teligencia, del amontonamiento de todas las voluntades en una sola voluntad, del compendio de todos los hombres en un solo hombre; pero aquellos pujos de independencia, aquellos alardes de satánico orgullo, resultado fatal é inevitable, de una serie de libertades concedidas á tontas y á locas por Gobiernos sectarios y suicidas, estrelláronse en la incommovible muralla de la tradición, desde cuyo principal baluarte, lanzaba D. Diego á los cuatro vientos de la provincia, el magnífico lema de su escudo: «todo para Dios; Dios para mí».

Reía D. Diego, como hombre seguro de sí mismo, de los supuestos triunfos de los *mozos*, y reía más, cuando alguno de sus correligionarios ó siervos, mostrábase condolido ante lo que ellos llamaban proximidades del Anticristo.

Poco importaban al omnipotente señor los adelantos de la ciencia, habilmente explotados por sus enemigos, y por el mismo, accionista bajo mano de todas las empresas; el derribo de las murallas, con el cual aumentaba el valor de algunas de sus propiedades; ni el ensanche de la ciudad, con beneficio de su hacienda; ni el desmoche de barriadas enteras, cuando la mayor parte de las casas derruídas, eran de su pertenencia. Mientras no le trasladaran un magistrado; ni le moviesen un peón caminero, ni se re-

cibiera una credencial por otra estafeta que la suya, podían los *mozos* revolver la población de alto á bajo, y fomentar espectáculos de todos géneros, y presidir *clubs* y demás zarandajas. Cuando hasta entonces quisieron hacer en su daño los contrarios, redundó en prestigio de su persona y en beneficio de su hacienda.

A pesar de todo esto, D. Diego Lope de Mendia, se hallaba aquella noche de mal humor. Apoyados sus brazos en los brazos del sillón, ó lustrosos por el roce constante de las mangas, hundido el cuerpo en el hueco del respaldo, y descansando la cabeza en la doblez formada en el cuero, por el peso, no pequeño, de la maciza y desnuda testa, tenía los ojos puestos en el círculo de claridad, reverberado en la techumbre por el tubo del quinqué.

Frente á él, de pie, con los brazos caídos, la cabeza baja, los ojos muy abiertos y la gorra pasando constantemente de una á otra mano, Damián Corrales, esperaba.

De pronto clavó D. Diego la vista en su instrumento y díjole:

—¿De manera que no te atreves, y comprendo que así sea, á invocar tu autoridad de padre, para conseguir que esa mujer abandone Antigua al momento?

—Señor, no me atrevo.

—Entonces, serás tú quien haya de abandonar este pueblo, pues la presencia simultánea de ambos, ocupando tan diversas posiciones, sería un escándalo constante, que todos, y yo el primero, debemos corregir. ¿Estás dispuesto á irte?

Silencio prolongado en Corrales, quien, después de pensarlo mucho, atrevióse á contestar:

—¡ Si V. me lo manda!

—Poco á poco, — dijo rápidamente D. Diego. — Yo no te lo mando, porque si te lo mandase, sería tanto como obligarme á seguir dispensándote mi protección. Al abandonar Antigua, no ha de ser como quien se vá, sino como quien huye; y claro es que si huyes, ha de ser con todas las consecuencias, y la primera y principal, olvidarte por completo de que por tí hice cuanto puede hacerse por un hombre, desde salvarte el honor y con él la vida, hasta darte el pan que comes.

—Pues no me iré, D. Diego, no me iré.

—Tienes miedo; lo comprendo. Todavía en algunos sitios se recuerda tu nombre, y con tu nombre las fechorías cometidas á la sombra de nuestra bandera. Hay procesos sin sustanciar, por rebeldía del procesado; hay... Pero ¿á que seguir? Tú reposo, el del Cabildo,

el mío, el sosiego moral de la población, están interesadísimos, en que esa mujer, que, segun te dije antes, vive en compañía del escándalo, desaparezca inmediatamente de Antigua. Y tanto es así, que si como padre no te atreves á lograr el necesario éxito, habrás de intentarlo como hombre; está dicho, ¡como hombre!; que cuando se trata de la paz y de la tranquilidad de un pueblo, perturbadas por la presencia de una meretriz con suerte, no hay acto, por reprobable que parezca, que no sea justo ante el recto y nobilísimo tribunal de las gentes honradas.

D. Diego al decir lo que antecede, puso los codos en la mesa, levantó los brazos, y su frente anchurosa fué á cobijarse en el huesoso hueco de las manos. Tras breve y edificante meditación, fijóse en la temblorosa y repulsiva figura de Corrales, y mirándole de hito en hito, le preguntó:

—¿Estás decidido?

—A lo que V. quiera, — respondió el azotaperros, con voz sorda.

—¿Me comprendiste?

—Creo que sí, — dijo Corrales con tono amargo.

—Se trata — siguió hablando D. Diego — de que esa mujer salga mañana mismo de Antigua.

—Saldrá.

—De su desaparición.

—Desaparecerá.

—Bien, Damián; el nuevo sacrificio que haces en el ara de la buena doctrina, acallando las voces de la naturaleza para escuchar los gritos del deber moral, te será tenido en cuenta por tus superiores y por mí. Entrega la carta que ahora te daré al Sr. Deán, y mañana vuelves al desempeño de tu cargo, sin dar á entender la cruenta batalla que se libra en tu cuerpo y en tú corazón.

Inmediatamente escribió cuatro garabatos á su amigo el jefe del cabildo, y después de cerrar el sobre, entrególo á Corrales, diciendo:

—Sabes que estoy pensando una cosa.

—¿Cual señor?

—La misma que en la Alameda. Que nunca nos hemos visto tan expuestos como ahora, á ser los dueños del palacio de los Virreyes.

Y sonriendo hipócritamente, empujó á Corrales hacia la puerta, dióle ligera palmadita en el hombro, y ya en el dintel, díjole á guisa de despedida:

—También pienso otra cosa; que será conveniente que no nos veamos hasta que esa mujer haya desaparecido de Antigua.

Dicho esto, volvió á su sillón, recogióse como fiera harta de carne y fué con

el pensamiento á lugares y épocas, no muy lejanos.

Cuatro años atrás, siendo representante de Antigua en las Cortes, trasladó su residencia á Madrid, por exigencias del cargo.

Madrid no es Antigua, y por no serlo, podía disfrutar en él, de alguno de los goces que le estaban prohibidos en su feudo, por mandatos de la prudencia y la ejemplaridad; y buscando esos goces, dió con su cuerpo, que apestaba á ricachón de pueblo grande, en la última hora del teatro de Apolo.

Hallábase viendo la instalación de chucherías del pórtico, cuando llamó su atención uno de esos carruajes de lujo, con calces de goma, que, como dijo graciosamente el gitano, parece que corren de puntillas á mala idea. Se detuvo el coche y descendió de él una mujer pequeña, pero muy hermosa y muy elegante, que al entrar en el teatro y poner las sedas de su vestido en contacto con el levitón de D. Diego, dejó envuelto á este, en atmósfera densa de perfumes y tentaciones.

Abrieron la puerta de la sala; ocupó el hombre su butaca de esquina, y en el palco más próximo, hallábase la mujer del coche, más guapa, si cabe, que en la calle, y luciendo por el pequeño escote de su regio vestido, la carne más sabrosa y

apetitosa que jamás hubiese trinchado D. Diego en la mesa de sus concupiscencias.

La función quedó reducida para Don Diego á la mujer del palco. Música, la de su risa; chistes, los de sus ojos; pensamientos, los de su cabeza rubia. Miró-la y miró-la tanto, que ella, que á la primera mirada de D. Diego, percatóse de la emoción del *isidro*, y con una sola de las suyas, hizo aprecio del valor material de su conquista, para templar los ardores de don Diego, puso en él los ojos una sola vez, pero con ternura tanta, que la baba del poderoso antigüense salió de sus labios, junto con un suspiro más grande que el aliento del escenario, al levantarse la tela en el último acto.

Acabóse la función, montó en el coche la desconocida, siguióla D. Diego en un vehículo de alquiler, y tal maña dióse el hombre, que en la noche siguiente, *D. José Estebáñez*, bebía en la boca de *Doña Luisa Castro*, el néctar dulcísimo de uno de los placeres cuyo disfrute en Antigua, le estaba prohibido por órdenes imperiosas de la prudencia y ejemplaridad.

Cuatro meses vivió D. Diego en el regazo de aquella mujer hermosa, que sorbióle el seso y el bolsillo, y cuyos quebrantos le fueran llevaderos, tan abundante estaba del uno y del otro, á no es-

cuchar con terror de labios de su amiga, la fatal noticia de que la omnipotencia de D. Diego, habíase manifestado también en el vientre de la mujer.

—Horror de los horrores, — dijo D. Diego; y sin perder minuto, puso en juego dinero é influencia para lograr de una practicona poco escrupulosa, el éxito de una repugnante operación que puso en peligro la vida de *Luisa Castro*.

Y todavía batallaba ésta con las acometidas de la muerte, cuando *D. José Estebanez*, ó sea D. Diego, tomó el camino de Antigua, jurando no volver á rendirse á los apetitos de la carne, aunque cien Luisas, igualmente hermosas, le brindaran con las ternuras de sus celestiales bellezas.

Toda esta historia deslizóse por la mente de D. Diego, la noche aquella de su grave entrevista con Corrales; y como él bueno de Mendía, jefe de los *chochos* y señor feudal de la provincia, era también de carne y hueso, al pensar en aquella tentadora mujer, sintió un cosquilleo de gusto que hubiera alcanzado las proporciones de un espasmo de placer, á no presentarse junto con la imagen de la bella, la figura antipática de Alberto Gonzalvez, cabalgando en brioso caballo, al estribo del coche de Martina.

—Pero señor, — decíase D. Diego;—

¿por que idea del demonio me calló esa mujer su verdadero nombre? Que yo lo hiciese, se comprende; tengo mucho que perder. ¡Pero ella!

Y sacudiendo la cabeza, como si quisiera desechar aquella nube de pensamientos malsanos, cogió un libro mugriento y sobadísimo, dejóle abrirse por donde ordenaba la costumbre y púsose á leer en piadosa actitud la meditación de la noche.

Horas más tarde, y cuando D. Diego digería el sustancioso rezo en su mullido lecho, la oficina del «Heraldo», presentaba el cotidiano y nocturno aspecto.

El Director seguía preparando el furibundo artículo contra el «Diario de Antigua»; los *reporters*, fijos los ojos en los jeroglíficos de notas, deletreaban palabra por palabra para extraer como con ganchos la noticia; los amigos impertinentes, ocupábanse como de costumbre en la tarea de reventar fajas y abrir telegramas; el mismo mozo, en espera de cuartillas para la imprenta, se restregaba los ojos para ahuyentar el sueño.

Callaban todos. Habíase tratado el asunto del palacio, pero faltando combustible, el tema se agotó pronto, y se hacia necesaria la presencia de Alberto Gonzalvez, para levantar el decaído espíritu de la reunión.

Pasaba la hora, y nada; Gonzalvez sin

aparecer. La impaciencia de aquellos hombres iba en aumento; convirtiéndose en despecho, más tarde en ira. Se murmuró de Gonzalvez; aquello era una deserción frente al enemigo. Se le debía formar allí mismo juicio sumarísimo; sentenciarle, y fusilarle.

El día vino, y ya renunciaban á los goces del prometido escándalo, cuando abrióse la puerta y apareció Gonzalvez.

— Presente — dijo el recién llegado, como si atendiera á una llamada, que horas antes repercutía en sus oídos.

— ¡ Por fin! — gritó el coro, y los semblantes cariacontecidos de aquellos hombres, animáronse como por encanto.

Y sin embargo, la cara de Gonzalvez no reflejaba la cínica satisfacción de quién aporta un leño á la hoguera del escándalo y una nota nueva al concierto de la maledicencia. Sus facciones estaban un tanto contrariadas por efecto de alguna preocupación. Miró á sus amigos con despego, sentóse y se dispuso á emborronar blanca cuartilla.

— ¿ Qué tienes ?

— Nada.

— ¿ Cómo nada ?

— Nada de nuevo.

— De modo que lo del palacio...

— Sigue lo mismo.

La decepción fué enorme. Uno á uno desfilaron los tertulios, y cuando salió el

último, puso Gonzalvez una cuartilla en la mano del director, diciéndole:

—Hazme el favor de publicar esta noticia.

—Oye ¿y de lo del palacio, no adelantamos nada en el número de hoy?

—Nada.

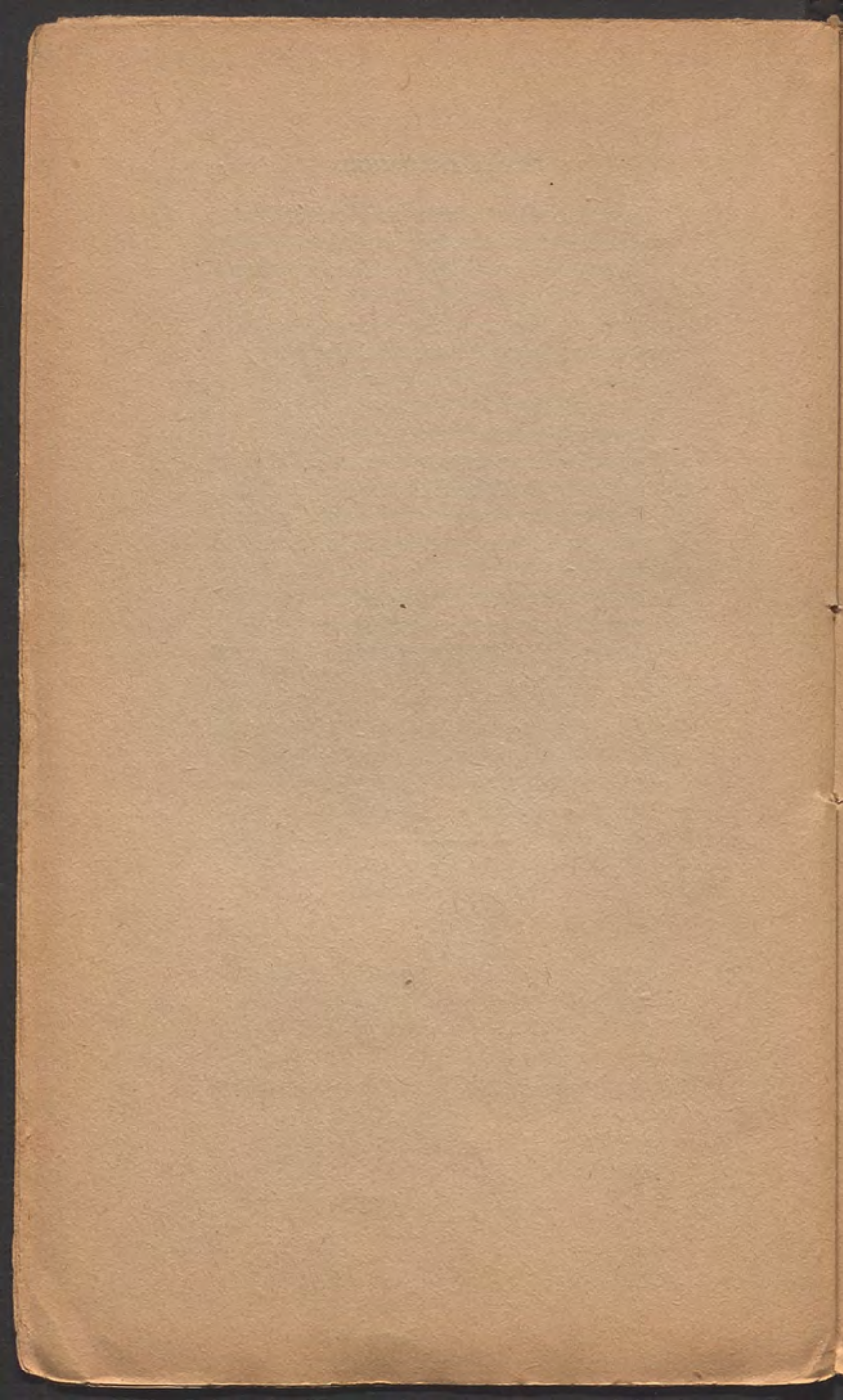
—¡Qué lástima!

La noticia decía así:

«Anúnciase la llegada á esta población del conocido hombre de negocios, Don José Estébanez, cuyo viaje está relacionado con un suceso de palpitante actualidad.»

Cuando Gonzalvez hizo el rasgo final á la cuartilla, añadió para su capote:

—No estará de más enseñar los dientes á D. Diego.



VI.

Acto cuarto

Hétenos nuevamente en la Catedral de Antigua, sumida, como de costumbre, en los misterios del rezo y las tinieblas.

En el suelo, lustroso á fuerza de frotarlo con serrín, reflejándose las luces temblonas de las lámparas; de trecho en trecho, círculos brillantes con tonos de colores mortecinos, denuncian el contacto del sol con las hermosas claraboyas, abiertas encima de las salientes cornisas; escúchase el murmullo de los celebrantes; la voz atiplada de los monaguillos, el sonsonete de las beatas, el tintineo de las campanillas que anuncian el sublime momento de la consagración; algunas sombras se deslizan de capilla en capilla rindiendo piadosa ofrenda á los santos de mayor prestigio; los sacristanes, alardeando de familiaridad excesiva con lo divino, recorren la iglesia en enormes zancadas, para transportar de un sitio á otro los objetos del culto; es-

cúchase el sonido de las campanas que llaman al oficio; rumor de voces en la sacristía; abrir y cerrar de puertas; canónigos y beneficiados entran lentamente en el coro; óyense carraspeo, toses, alguno que otro bostezo; de pronto una voz cóncava, cavernosa, preludia un salmo, á esa voz se unen varias, luego más, muchas más; empiezan los mañtines.

En el ángulo más obscuro del más apartado altar, medita un hombre. Viste amplio ropón morado, de mangas inmensas, gorguera blanca y rizada, zapatos con hebillas desdoradas, cerdosa peluca, y sujeta entre sus manos maciza vara de plata. Sus ojos están abiertos, pero no miran; sus oídos oyen, pero no escuchan; sus lábios se mueven, pero no rezan. De cuando en cuando brotan relámpagos en sus párpados; en sus labios amoratados aparecen burbujas de espuma, su cuerpo se extremece, sus manos tiemblan.

Es Damián Corrales, el instrumento de D. Diego el *suizo* de la Catedral, Huyendo de miradas indiscretas, de sonrisas burlonas y hasta de alusiones no muy piadosas, refugióse en aquel obscuro rincón de la más recóndita capilla para pensar en la escaramuza del día anterior y prepararse á la batalla del corriente. Su rostro estaba desfigurado; el aire contrito de siervo ínfimo de la igle-

sia, sustituyeron los rasgos duros y sanguinolentos del montaraz guerrillero. Bajo el grotesco pelucón, desarrollábase la película del pasado, y recordó su juventud, tirada á jirones en rondas y tascas; su casamiento para satisfacer un deseo; el criminal abandono de la familia; su ingreso en una partida facciosa; los adelantos en la carrera, con la base de crueldades sin cuento; el término de la guerra; el hambre en la emigración; su vuelta á Antigua, á la sombra de un indulto que no le comprendía; la compra de su albedrío hecha por D. Diego á cambio de una protección eficaz contra la justicia de los hombres; y su ingreso, para mejor borrarle de la memoria de los vivos, en la espléndida casa de Dios.

A fuerza de ruindades é hipocresías, había logrado cimentar un vivir tranquilo en el suelo firme del servilismo y la adulación. Protegido por los altos, respetado por los humildes; objeto algunas veces de risa, otras de halagos, vivía de las sobras de los ricos y de las faltas de los pobres. Las tormentas del pasado resolvieron en la dulce calma de un ambiente tibio y tranquilo. Aquello era vida.

Pues bien, todo el edificio de su dicha amenazaba derrumbarse al embate de su propia carne. La presencia de una hija, totalmente olvidada, que medró en el es-

cándalo como él alimentóse del crimen, iba á dar al traste con una labor hipócrita de muchos años de quietud y templanza.

¡Su hija, su hija! Engendrada por capricho, la tiró por estorbo, y el infierno se la devolvía por castigo.

En el temporal deshecho de su alborotados pensamientos; náufrago en el mar revuelto de sus pasiones y concupiscencias, buscaba un cable á que asirse, una tabla en que apoyarse, y no veía más que las tenebrosidades de la capilla; y la luz enfermiza de una lámpara de aceite, alumbrando desde un rincón los pies descascarillados de carcomida imagen, nada le dijo; y el salmodiar monótono y soñoliento de los capitulares en el coro, nada le inspiró; ni el rezo de los fieles, ni el eco de las campanas, ni el ambiente fresco y perfumado con las penetrantes emanaciones del incienso, que subía siempre alto, siempre arriba, pero cada vez menos denso, cada vez más esfumado, hasta tropezar y disolverse en los frescos de las bóvedas, lo mismo que las ideas de Corrales, que cuando trataba de remontarlas al cielo, se descomponían en amargas dudas, y estrellábanse en el sólido cimborio de su constante incredulidad.

No, no era la casa de Dios, que él asaltase un día tapado el rostro con la

máscara de la humildad y cubierto el cuerpo con el escudo de la influencia, donde el réprobo y el soberbio, podían encontrar alivio á los males de su satánico espíritu. Más lejos, mucho más lejos, á distancia inconmesurable, en el laboratorio de las hipocresías, en el que era nigromántico experto el, omnipotente Mendia; en la horrible mezclanza de lo divino y lo humano; en aquel despacho con ribetes de locutorio; en aquella mansión, donde San Miguel y el diablo habían hecho pacto infernal de inteligencia y concordía; allí estaba el alivio de los males del atribulado pertiguero, en el aprecio de D. Diego, en su protección, en las manifestaciones de su voluntad omnímoda.

Y al pensar en D. Diego, recordó sus durísimas palabras, sus amargos recordatarios, su irrecusable mandato.

—Es preciso que esa mujer desaparezca—le dijo.—¿Y por qué tan reiterado afán? ¿qué rueda entorpecía su hija en la complicada máquina del más ilustre de los antiguenses? ¿por qué razones estorbaba? ¿por qué motivos iba á desaparecer?

—Desaparecerá—contestéle yo.—¿Pero cómo y dónde? ¿Haciendo valer mis derechos de padre para llegar á ella y decirle: «yo que te dí la vida por un capricho del azar, no por impulsos del co-

razón; yo, que te eché al mundo y á la deshonra; yo, tu padre fortuíto, que jamás tuve un pensamiento para tí, vengo á decirte ahora como padre: niña, me sobraste; mujer me estorbas; tu deshonra y el mio no caben bajo el mismo cielo; vete.»? No, imposible, yo no puedo decirle eso; y aunque así le hablase, ella no se iría, y si no se va... el abandono, la miseria, otra vez el hambre con sus dolores cruentos, al lado de los cuales son delicias de la gloria los sufrimientos del alma. Tampoco esto es posible; quiero vivir, y vivir aquí; esta vara está fabricada con mis huesos; estos ropajes, no son telas, son mi misma piel; se irá, se irá, y sino... ¡Qué locura!

—Señor Damián, señor Damián, el terno—dijole un monaguillo, bailando dentro de la sotana encarnada, que dejaba ver por debajo los rotos pantalones y las abiertas alpargatas del chicuelo.

Corrales sacudió la peluca con brusco movimiento de cabeza, enderezóse, y recobrando instantáneamente su vulgar y contrito rostro, fué á ocupar su puesto en la *vía sacra* cuando ya salían del coro el canónigo oficiante y sus auxiliares.

Cumplido el deber de acompañar al terno, acordóse de la segunda parte, y después, cual cumplía á la seriedad de su oficio, dirigióse al atrio, sin que una vez siquiera, para pasar inadvertido

chocase la pértiga en el duro suelo. Aquel día descansaron las losas del pavimento.

Llegado á la puerta, apoyóse con ambas manos en la lujosa vara, y distraído, sin fijarse en las miradas repletas de curiosidad que le dirigían los fieles al penetrar en el templo, puso los ojos en la plazoleta llena de sol, donde algunos pobres, sentados en el suelo, pedían y se despiojaban.

D. Diego, contra su costumbre, hacía esperar. Corrales se impacientaba. De pronto el movimiento de la pobreza mostraba llagas y deformidades, con acompañamiento de plañideras súplicas, síntoma infalible de la proximidad de un pudiente, hízole mirar hacia la parte del palacio de los Virreyes.

Una mujer hermosa y ataviada con un lujo desconocido en Antigua, acercábase por aquel lado á la iglesia.

—¡Ella!—dijo Corrales; y clavó los ojos en la mujer, como si quisiera retenerla en el camino y aniquilarla con una sola mirada.

Martina repartió algunas limosnas, que fueron recibidas, por lo cuantiosas, con loca satisfacción por los menesterosos, y dirigióse resueltamente al templo; pero al entrar en el átrio, detúvose un momento para contemplar una figura extraña, mezcla de rey de armas y com-

parsa de ópera, que la miraba con ojos inyectados de ira.

Dió la mujer dos ó tres pasos, y de pronto, como empujado por resorte, oculto en la maciza puerta en que se apoyaba, destacóse el hombre del disfraz, quién levantando los brazos, y la cabeza, y los pies, y todo su cuerpo, con la mano derecha oprimiendo un bastón de plata, y la izquierda muy abierta, cual si soportase peso invisible, acercóse al encuentro de Martina, y díjole con voz tonante:

—Atrás.

Martina, instintivamente, ante la fiera actitud de aquel esperpento, retrocedió un paso.

—Atrás—repitió el máscara.

Llevóse ella las manos á la cara, sofocó un grito de corage, y limitóse á decir con amargura.

—¡Mi padre!

—¡Que te vayas!— siguió diciendo Corrales.—Esta casa es la casa de Dios; ¿lo entiendes? Tú no cabes en ella.

—¿Por qué? — atrevióse á preguntar Martina.

—Porque tú no eres una mujer honrada; tú eres una...

Rugió la mujer; volvióse para pedir defensa á alguien, á los pobres, á cualquiera, cuando la repentina aparición de

un hombre, hízole exhalar un suspiro de alegría.

—Pepe, Pepe, — dijo, — este hombre, que dicen que es mi padre, me echa de la iglesia, me insulta; defiéndeme, defiéndeme.

—Señora, está V. loca, — gritó D. Diego, demudado por causa de aquel mal-dito incidente.

—¡Esto más! Pero ahora que recuerdo ¡sí, éste es el canalla que mató á su hijo en mi vientre, para quitarse dos estorbos; el hijo y yo.

— Está loca, loca, — siguió diciendo Méndia, y empujando á Corrales, para que, como de costumbre le precediera, penetró en la iglesia, oyendo los comentarios y murmuraciones de los espectadores de la anterior escena, muy pocos por fortuna, y además de pocos, tan faltos de entendimiento como sobrados de misticismo.

Llegó D. Diego al banco lindante con el presbiterio, arrodillóse, y al tiempo que ojeaba un libro piadoso, preguntóle Corrales con voz temblona:

—¿Se le ofrece algo?

D. Diego no contestó, pero con una sola mirada hizo resumen de cuantos mandatos y advertencias salieron de sus labios durante la entrevista de la víspera, y tan honda fué la mirada y tan elocuente el resumen, que Corrales, bajan-

do la cabeza, limitóse á decir muy quedo:

—Está bien.

Entre tanto, Martina, objeto de la insana curiosidad de unos cuantos rezadores, y de la simpatía, medrosamente manifestada de los pobres, notando que las fuerzas le abandonaban después de la penosa impresión sufrida en el atrio del templo, volvióse al palacio con paso inseguro, y apretándose la boca con el pañuelo de encage para sofocar los sollozos.

¡Y cuánto lloró la infeliz pecadora, escondida en uno de aquellos inmensos salones, tan fríos para el cuerpo como para el alma, y donde las voces de la carne, eran acalladas por los gritos de la conciencia!

Pensó en su madre, en su pobre madre, sola, defendiendo para su hija, á fuerza de trabajo, un pedazo de pan mojado en sudores; acordóse de sus consejos en la hora de la muerte, consejos del alma que se iba, del corazón que cesaba de latir. — Se buena—le dijo— se buena—y la besó con rabia, como si con aquel beso quisiera infundirle el valor heroico que necesita la pobreza para ser honrada.

De su madre mártir, fué el pensamiento á su padre verdugo; y díjose que aquel hombre que acababa de ver en el

átrio, no era su padre, no podía ser su padre. ¡Arrojóla de la iglesia por mala y él estaba dentro! No, no era su padre, porque de serlo, la bóveda del templo se hubiera desplomado ante tamaña monstruosidad.

Y de su padre voló el pensamiento á D. Diego.—¡Ese hombre es bueno! — pensaba ella — las puertas de la iglesia se abren para él de par en par, la gente le saluda, el cielo le sonríe. ¡Y yo lo he visto arrastrarse á mis pies, mendigando un pedazo del cariño de la mujer perdida; ofrecerme, poco menos que la salvación de su alma por una mirada de mis ojos!... Y el muy cobarde me ocultó su nombre por miedo; ¡yo al menos lo callé por pudor! Por pudor sí: porque en nosotras, en las mujeres malas, hay un pudor y una honradez del alma, que está por encima de los del cuerpo, y es de notar que la pérdida de aquellos no tiene sanción en el código moral, y á la falta de los segundos se le llama deshonra.

Martina deliraba; su frente ardía; en el paroxismo de su pena iba de salón en salón, escuchando el ruido de sus pasos que sonaban á hueco, en las inmensidades de aquella caverna. Quiso aire, luz, caricias del ambiente, besos del sol, y asomóse á un mirador, bajo el cual corrían magestuosas las límpidas aguas

del río y desde el que se divisaba el espléndido panorama de la huerta.

Y de bruces en el antepecho, mirando unas veces el cristal del río que se rompía al chocar en los musgosos sillares del palacio; otras el marco de cuadros verdes, en el que la fecunda tierra se ocultaba; viendo más lejos las manchas grises de los rastros; las calles de verdes, alineadas en las vertientes de los cerros; las nubes de polvo producidas por el duro trabajo de las eras; y más lejos aun los caprichosos recortes del firmamento, hechos por la sierra de la montaña, con sus dientes de pinos, sintió que se aliviaban sus penas, que disminuían sus pesares; y así, de espaldas al palacio y de cara á la vida, pasaron horas y horas, desoyendo las súplicas de la doncella que la instaba á restaurar sus fuerzas, y así tal vez hubiera pasado la noche entera, tal atracción ejercía sobre ella el panorama campestre, si no la sacase de su éxtasis contemplativo el anuncio de la visita de Alberto Gonzalvez.

—Que espere un momento ese caballero, — dijo á la doncella.

Meditó un instante, arreglóse con los dedos el descompuesto tocado, y fué en busca de su confidente de la víspera.

—Sr. Gonzalvez, — díjole prescindiendo de todo saludo, — ayer supliqué á

V. que me dispensara el favor de no visitarme en tanto no reclamase sus servicios.

—Es cierto, — contestó el interpelado — pero he sabido el desagradable incidente de que ha sido V. víctima esta mañana en la catedral y venía...

—A ofrecérseme de nuevo; ¿no es así? Pues bien; V. es hombre, y acaso mucho mejor que otros, pero dejaría de serlo, si en todos sus ofrecimientos y amabilidades, no hubiera un fondo de lujuriosa é invencible vanidad.

—¿Martina?

—No, no me interrumpa V., se lo suplico. Además seré muy breve, por que cuanto tengo que decirle se reduce á lo siguiente:

Todos sus esfuerzos para acercarse á mí, serán inútiles. Haga V. cuenta de que no me ha conocido, de que todo fué un sueño; de que la mujer que vino á desterrarse al palacio de los Virreyes, no es una mujer, sino un duende.

—Pero Martina...

—Ni una palabra más. Acabo de aborrecer á mi padre: ¿dígame V. si en mi corazón puede haber latidos para hombres?

—Como V. quiera.

—En presencia de mi padre monstruo, ya que no mujer honrada, permítame que sea mujer digna.

Y al decir esto, saludó ceremoniosamente á Gonzalvez con un ligero movimiento de cabeza, y fuese de nuevo á calmar sus dolores en la contemplación de las exhuberantes bellezas de la campiña.

Allí encontrábase más tranquila. En todo cuanto alcanzaban sus ojos, no veía un solo hombre.

VII

El desenlace

Damián Corrales, terminando el oficio divino de la mañana, tiró bastón, hábitos y peluca, y, huyendo de un posible aviso del Deán, sabedor como todo el Cabildo, del escándalo ocurrido en el atrio del templo, fuese de la catedral para encerrarse en la pobre boardilla, donde sin más asistencia que la de sus manos, representaba, con admiración de los vecinos, la fructífera comedia del misticismo y la pobreza.

La violenta escena del pórtico le derretía los sesos. ¿Hizo bien? ¿hizo mal? ¿debió consentir que su hija, á la vista de todo el mundo profanase la santa casa de Dios, mezclando las livianas emanaciones de sus perfumes, con los puros aromas del incienso? ¿qué las crujiertes sedas de sus vestidos, borrasen las huellas de los humildes ósculos estampados por los fieles en las losas, en señal de servidumbre y obediencia? ¿que su satánica mirada, se juntase con la mi-

rada de los buenos, en el sol de los soles, elevado por el sacerdote, en el momento sublime del sacrificio?

Y discurría así Corrales, porque en aquel momento era víctima del ataque religioso; porque la costumbre de fingir, había creado en él una doble naturaleza; porque, á la manera de los cómicos que se presentan y hablan á veces en la realidad, del mismo modo y con idéntico entusiasmo con que pudieran hacerlo en la ficción, Corrales, viviendo entre la clerecía, forzado á seguirla en todas las manifestaciones del culto, respirando en un ambiente contemplativo, llegaba á engañarse el mismo, y su naturaleza religiosa, ficticio engendro de su débil y enfermiza inteligencia, absorbía por breves instantes á la verdadera naturaleza, que oculta tras las nieblas del cerebro, aguardaba la crisis del espíritu, para recobrar su indiscutible imperio.

Corrales, era malo, muy malo; y era otra cosa peor, era imbécil. Incapaz de pensar por cuenta propia, discurriendo siempre de prestado, alimentándose en la voluntad ajena; si cubierto con los ropones de su cargo hubiese sido mártir, por sólo una mirada de D. Diego, hiciérase verdugo.

— ¡D. Diego, D. Diego! — decía intrigado y caviloso. — ¿Qué demonio

puede haber de común entre los dos? ¿porque ella demandó su auxilio? ¿porque tan brusco palidecer en él? ¿porque lo miraba ella? ¿porque temblaba el otro? Y ese empeño incomprendible en que mi hija desaparezca, ¿á que puede obedecer? Sólo por mi tranquilidad no será, que las bondades de D. Diego suelen redundar en su propio beneficio. Pero sea por lo que sea; él lo manda y tiene razón. Desaparecerá. ¿Y como?

Y aquí Corrales, vuelto á su verdadera naturaleza, púsose á discurrir la manera de obligar á su hija á que abandonase para siempre el feudo de D. Diego; y como para obligarla, tenía que verla, y para verla tenía que poner los pies en el palacio, y anunciarse, y exponerse á no ser recibido, ó á serlo entre testigos, cosa muy probable después del escándalo de la mañana, preguntóse si no había medio de llegar á ella, sin que antes fuese advertida de su presencia, y sin que nadie se percatara de que tal visita se celebraba, evitando de este modo los comentarios de las gentes, junto con el enojo de los buenos, ignorantes del verdadero objeto de la entrevista.

Y como Corrales era práctico desde los tiempos de guerrillero en toda clase de asaltos y allanamientos, no tardó mucho en dar con el objeto perseguido; y

una vez encontrado, púsose á pensar en la manera de poner la voluntad de su hija de acuerdo con la de D. Diego y la suya propia; y aquí entró la parte verdaderamente difícil de su empeño.

El espíritu de Corrales volvió á ser invadido por la naturaleza religiosa.

—Le hablaré al alma, — se dijo. — Haréle ver lo pecaminoso de su conducta, las fealdades de su vida, la parte horrible de su existencia mundana; llamaré en su conciencia con las aldabas del arrepentimiento y de la fe; inculcaréle la idea de que su permanencia en Antigua, ha de ser motivo de escándalo para este pueblo morigerado y sensato; le hablaré de su madre. ¡Oh, no; esto nunca! ¡con que derecho voy yo á invocar el nombre de... de la otra!... ¿Y sino me oye? ¿si todos mis esfuerzos se estrellan en la costra durísima de su corazón falta de fe, y se pierden en las tenebrosidades de una inteligencia falta de luz?... Si no me oye, si no me escucha, si desatiende mis advertencias y mis súplicas, entonces... entonces ¿qué?

La naturaleza religiosa, corrió á ocultarse despavorida ante el avance rápido y amenazador de la otra naturaleza, que reclamaba su puesto con imperioso mandato, y hacía su aparición en medio de una tempestad de miradas como rayos y alentones como truenos.

—Si no me oye, tendrá que oirme; si no se va, tendrá que irse. Lo quiere Don Diego, lo quiere el cabildo, lo quiero yo.

Llegó la hora del mediodía. De un armario empotrado en la pared, procuróse algunos alimentos frios, con que restaurar las fuerzas del cuerpo. Pasó mucho rato, mucho, mascando despacio y discurriendo de prisa; y satisfecho su apetito, como llegasen á sus oídos los ecos de las campanas que tocaban á vísperas, calóse la gorra, cerró cuidadosamente las puertas de su mísera vivienda, y eligiendo los callizos más sombríos y desiertos, fuese con paso rápido á la catedral.

Buscando estãba en un armario, el flamante uniforme de su empleo, al tiempo mismo que el sacristán mayor, encarándose con él, y con cierto retintín, díjole:

—El Sr. Deán ha ordenado que vaya V. á verle antes de revestirse.

—Está bien, — contestó Corrales; y dirigiendo una triste mirada al traje adamascado y al macizo bastón, espanto de chiquillos, durmientes y perros, marchó con rostro conpunjido en busca del jefe del Cabildo.

En la sala capitular, daba este grandes é higiénicos pasos, cuando presentóse Corrales en la puerta pidiendo humildemente permiso para entrar.

—Pase — gritó el Deán; y al azotaperros, volvióle el alma al cuerpo al advertir el rostro risueño y aspecto tranquilo del superior.

—He llamado á V. — dijo el prebendado — para manifestarle el sentimiento que nos ha producido el escándalo dado por la desgraciada hija de V. en el mismo atrio de la iglesia; y al propio tiempo, para decirle en nombre del Cabildo, el gusto con que hemos visto el inmenso sacrificio de V. al acallar las voces del paternal egoísmo, para responder á los deberes ineludibles del cargo. Respecto al incidente, consuélase V. con la idea de que, según de público se dice y el testimonio irrecusable de D. Diego Lope de Mendia asevera, esa desgraciada lo es doblemente por su dolencia moral y el trastorno completo de sus facultades mentales.

«Se trata de una pobre loca» díjome D. Diego, al darme noticia del suceso; y añadió que V., como padre y como siervo de la iglesia, hacía gestiones, que llevaba en buen camino, para suprimir esa causa de continuo escándalo en Antigua.

Sufra V. con su reconocida conformidad esta nueva y no pequeña tribulación y absténgase, en tanto esa mala hija de V. permanece en este piadoso pueblo, de desempeñar las obligaciones de su

cargo, que permanecerá vacante, como homenaje al buen comportamiento de V. en el desagradable incidente de esta mañana.

Dijo; y dejando á Corrales con un nudo de preguntas en la boca, y otro nudo de angustias en el corazón, marchó tranquilo y reposado á presidir el rezo desde el más alto sitio del coro.

El azotaperros, que en la homilía del Deán acababa de oír un nuevo y urgentísimo recordatorio de D. Diego, salió de la Sala capitular, deslizóse cautelosamente por los claustros, en busca de la escondida puerta que daba acceso á la torre, entróse por ella, y fué escaleras arriba, sin tomar resuello, hasta ver sobre su cabeza el envigado mamotreto del campanario.

En este sitio, encaramóse al amplio ventanal que servía de marco á una campana, y dando la espalda á la población y seguro de no ser visto por nadie, miró al monte.

Bajo sus pies, deslizábase magestuosamente el río, murmurando la eterna y triste canción de la «vida que pasa»; más allá, la tierra dividida en cuadros verdes y pajizos, parecía inmenso tablero de ajedrez con perpétuo mate para el hombre; más lejos, nubes de polvo ceníanse sobre las eras y se difuminaban en rasgos cenicientos, como si quisieran es-

cribir en el fondo azul del cielo la sentencia inapelable del trabajo y el dolor; más lejos aun, la sierra cubierta de bosques y malezas, recordóle la vida errante del guerrillero, y el hambre y la sed del emigrado.

—Allí no hay hombres, — pensó Corrales — y donde no hay hombres no hay pasiones, y donde no hay pasiones, no hay vida.

Caía la tarde; echábase el sol en los dorados brazos de Tétis, que lo esperaba tras los rotos perfiles de la montaña; y la obscuridad venida de Oriente, unióse al aliento de los rios y al vapor del suelo, para cubrir la tierra con húmedo y obscuro manto de negruras y tristezas.

Corrales vió desde aquella altura el término del día, y la invasión de la noche. El último rayo del sol, fué para él.

Cuando no quedaba rastro de claridad saltó de su observatorio, y despacio, procurando no oír sus pasos, cogiéndose á las enyesadas y lisas paredes de la angosta escalera, fué bajando y bajando, hasta llegar al tragaluz descubierto por él durante la encerrona de la víspera; volvióse todo oídos y no advirtiendo más rumores, que los causados por el rastro de los reptiles y el torpe vuelo de los murciélagos, descolgóse al palacio de los Virreyes; se deslizó como una cū-

lebra para mover las tejas todo lo menos posible, llegó á la boardilla, apoyóse sobre las carcomidas maderas que la cerraban, y convencido de su poca resistencia, con un débil empujón, abriólas lo suficiente para dar paso á su cuerpo.

Estaba dentro del palacio, y en lugar desierto y olvidado. Sirviéndose de estas circunstancias, atrevióse á encender un fósforo; hizo memoria, para recordar la distribución de aquella casona, y, seguro del camino, anduvo y anduvo, hasta tropezar con otra puerta, no menos carcomida que la ventana. Tampoco se opuso á los esfuerzos de Corrales, y una vez franqueada, vióse aquel en el primer peldaño de ancha escalera, que le condujo al piso principal, único habitable y habitado. Aquí redobláronse las precauciones del asaltante para no ser visto ni oído. De puntillas, atento al más pequeño rumor; arrimado á las paredes para confundirse en la sombra; buscando la complicidad de cortinas y portiers, llegó á la puerta de salón inmenso debilmente iluminado por algunas bujías que chisporroteaban en sus candelabros de bronce; asomóse; nadie. Un juramento de rabia y despecho brotaba en su boca, cuando el ardor de la frente fué calmado por un soplo muy débil; buscó con los ojos el origen de la consola-

dora caricia del aire. Allí, en saliente mirador, recostada en un balancín, vió el objeto perseguido en su arriesgada empresa. Allí estaba Martina, la mala hija, sumida en los brazos del aburrimiento y de la pena.

Corrales, conteniendo los alborotados latidos del corazón, acercóse muy despacio, hasta envolverla en su mirada.

Estaba hermosa. Aquel hombre sintióse orgulloso de su obra. Con los rubios cabellos revueltos, los ojos entornados, la boca entreabierta, el cuerpo tendido marcando con la tirantez del traje todas sus redondeces y todas sus curvas, más que mujer, era un deseo, un halago, una tentación.

—¿Si no fuera mi hija? — murmuró el bárbaro; y elaboróse en su mente una de aquellas ideas bestiales, que le ocurrieron con harta frecuencia en los caseríos de la montaña, durante su accidentada vida de montaraz guerrillero; y por si no lo era, fué acercando su cara estúpida al bello rostro de la mujer, y ya sus labios secos abríanse para engendrar el beso, cuando al sentir Martina el cosquilleo de un aliento cerca del suyo, abrió los ojos, y levantóse muda de terror y asco.

—Soy yo; tu padre, — dijo rápidamente Corrales echándose atrás para so-

focar el grito de «socorro» que bullía en los labios de Martina.

—¡Mi padre! — pensó ella, mirando con miedo al tipo aquel, mezcla de clérigo y seglar.

—Tú padre, sí; el que te arrojó esta mañana del templo y viene esta noche á echarte de la ciudad.

—¡A mí! ¿y por qué?

—Porque me estorbas ¿lo entiendes? porque estorbas á D. Diego, y estorbas al Cabildo, y estorbas á todo el mundo. Porque esa vida que haces, es una constante ofensa á Dios nuestro Señor...

Aquí Corrales llamó á toda prisa á su segunda y mística naturaleza, y esta se hizo la sorda al llamamiento. En cambio, la otra, la verdadera, manifestóse en todo su esplendor, y despertando en su dueño los perversos instintos de la fiera, hízole asir de un brazo á Martina, para decirle con un rujido:

—Te vas porque á mí me dá la gana.

—Pues sino hay otra razón que esa, — contestó Martina, — me quedo.

—Te irás,—volvió á decir Corrales, y lo dijo con tan inhumano acento, que ella, desasiéndose de la manaza que la sujetaba abrió la boca para lanzar un grito de auxilio, y ya el grito se asomaba á la garganta, cuando cerróse su boca al impulso de brutal opresión, tambaleóse, salió del corazón una oleada de

angustias, bajó del cerebro un torrente de ideas y perdió la conciencia de la vida, cayendo de bruces sobre las losas del mirador.

Corrales la miró con cara estúpida. Allí estaba aquella mujer, con la cara pegada al suelo, acaso por no ver al hombre, y este la contempló, sin que una sola fibra del corazón le moviese á la piedad.

Lejos de ello, recordó la causa del allanamiento, las órdenes de D. Diego, los deseos del Cabildo, su propio interés, y encontróse perplejo, ante la imposibilidad de cumplir su misión. Y el tiempo pasaba; y aquella mujer hermosa, tendida á sus pies, sin movimiento y sin voluntad, escitábale al crimen. No quería ser su padre, no debía serlo, no lo era.

De pronto creyó escuchar el ruido de una puerta. Acaso llegaba gente, y entonces... entonces trabajo inútil, ocasión desperdiciada...

—¿Que hacer? Su hija...; el ropón adasmascado...; ella muy hermosa...; D. Diego muy fosco...

Otra vez el ruido llegó á sus oídos, y no fué el roce de una puerta, fué el estruendo de las ideas en el cerebro, y los martillazos de la sangre en el corazón. Tuvo miedo, mucho miedo. Llegaban;

acaso su hija estaba muerta; tendría que huir; ¿por donde?

Asomó el rostro por la abierta vidriera del mirador. En las tinieblas de abajo escuchábanse los ecos de la eterna y triste canción de «la vida que pasa», murmurada por el río con sus lenguas de cristal. Aquello era muy alto; imposible huir por allí.

Miró al salón, miró á su hija, miró al cielo, miró al infierno.

Parecióle que la noche se iba, que se rompían las tinieblas, que una claridad fosforescente desprendíase de cuanto le rodeaba para iluminar aquel cuadro monstruoso, dibujado por él en un lienzo de sudario, con los pinceles de todos los delitos, y los colores de todas las vergüenzas.

Aquello era mucha luz; demasiada luz.

Miró otra vez al río; siempre murmurando, y siempre tan bajo.

Hizo un gesto espantoso, que debió envidiarle el mismo Luzbel.

—Lo que es imposible para un vivo, —se dijo— es cosa fácil para un muerto.

Y cogiendo bruscamente por la cintura el cuerpo de Martina que rebullía con los primeros síntomas de la vuelta á la vida, levantólo en el aire, echóse con él sobre el antepecho del balcón, abrió-

ronse sus brazos, dió un paso atrás para no ver; quedó el cuerpo en momentáneo equilibrio sobre la baranda, con los pies hacia dentro; pudo más el busto y á los pocos segundos, escuchóse el ruido sordo causado por la víctima al chocar en el agua, y el glú glú del río al sorberse impasible aquella mártir sin honra.

Y ni se rasgaron las tinieblas, ni se vino abajo el firmamento, ni abrióse la tierra, ni dejó el río de murmurar su monótona y triste canción, por respeto al menos á la miserable vida que arrastraba su corriente, envuelta en el cristalino sudario de las olas.

VIII

La moral de D. Diego

A la hora en que la población caía bajo el dominio de los *mozos*, en virtud de pacto firmado con la noche, el fámulo de D. Diego, llamaba con discretos golpecitos en la puerta del despacho ó locutorio de su amo.

A través de las rendijas de las maderas, filtróse junto con algunos asomos de claridad, un «adelante», tan sólo inteligible para las orejas místicas del criado; y este, entreabriendo la puerta, y asomando la cabeza, dijo:

—Señor; Damián Corrales, desea hablar con V.

—Ya sabes que no recibo nunca á estas horas, — contestó D. Diego, disimulando la impresión recibida con el anuncio.

—Lo sé, pero Corrales ha insistido de tal manera, que...

—Bueno, por una sola vez que pase.

Pasó Corrales, aseguróse de la marcha del fámulo, y muy cerca de los oí-

dos de D. Diego, todo lo cerca que le permitió el respeto, y muy de prisa, todo lo deprisa que ordenóle el miedo, hizo relato minucioso del horrible crimen perpetrado por él en la persona de su hija; pero al llegar al momento culminante del suceso, interrumpiéndole D. Diego, para decir:

—Sí, sí; lo comprendo todo. Siempre me figuré que acabaría de esta manera. Es el resultado fatal de todas las locuras; el suicidio.

—Pero D. Diego...

—Imbécil, — añadió este con acento irritado y rostro descompuesto, pero poniéndose al puño.

—Ahora vete, — añadióle, — procura descansar, y no te aflijas hombre, no te aflijas; piensa más bien en lo que harás tú ahora con el palaciotte de los Virreyes. ¡Tunantón! Y dime: ¿tienes seguridad de no haber sido visto por nadie á tu salida de la casa?

—Por nadie: como conozco las entradas, llegué á las cuadras por una escalera de servicio y salí á la calle, saltando una ventana del piso bajo.

—Está bien. Y mira, antes de que te marches, voy á darte una noticia escrita para que la entregues en la redacción del «Diario». Dí que vas de mi parte.

Y sentándose en la mesa del despacho, redactó la siguiente gacetilla:

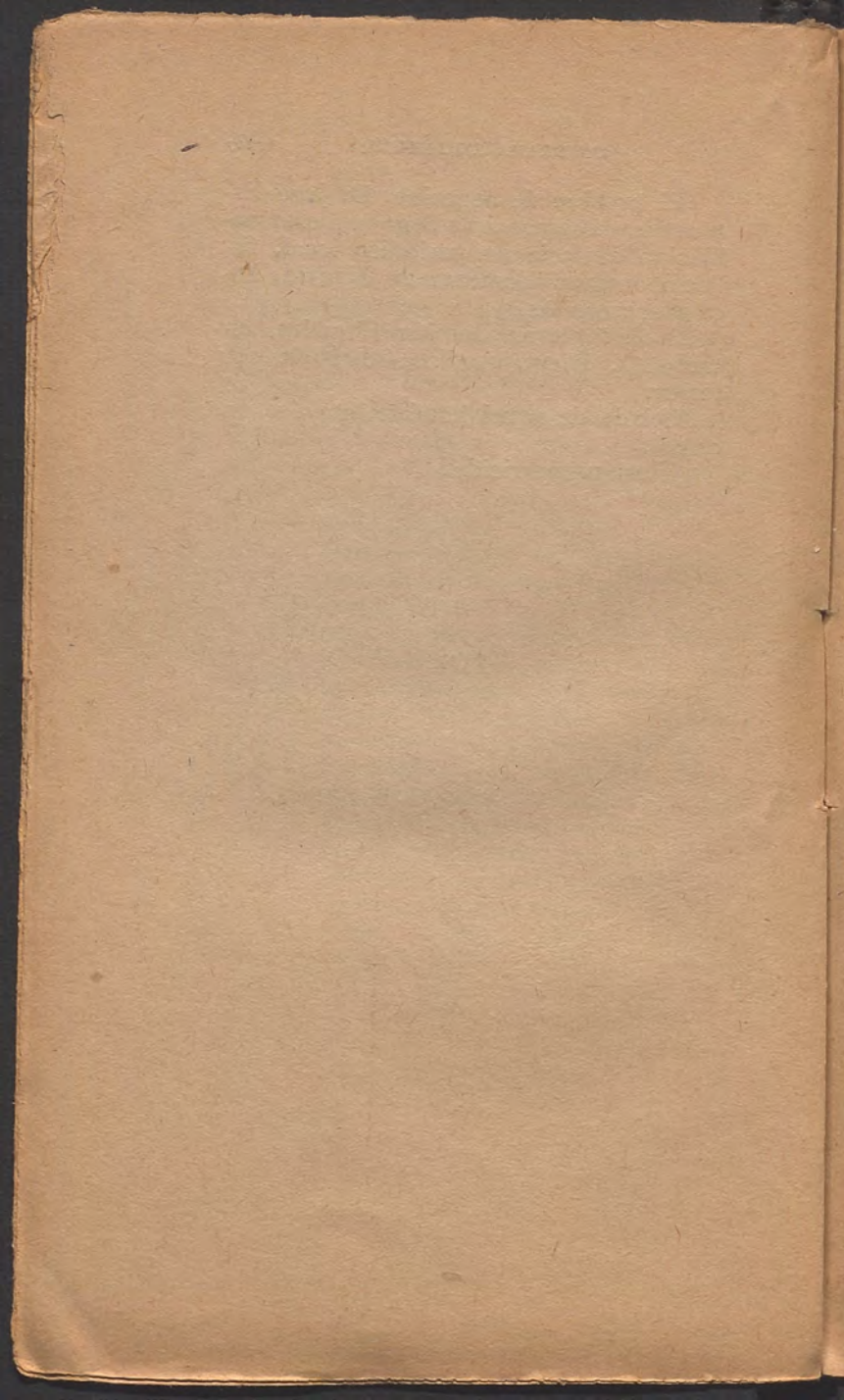
«El hombre de negocios, D. José Esteváñez, cuya próxima llegada á esta población anuncia un periódico local, falleció desgraciadamente en Madrid, hace muchos años.»

El *azotaperros* Damián Corrales, en tanto D. Diego escribía, mirábale con terror.

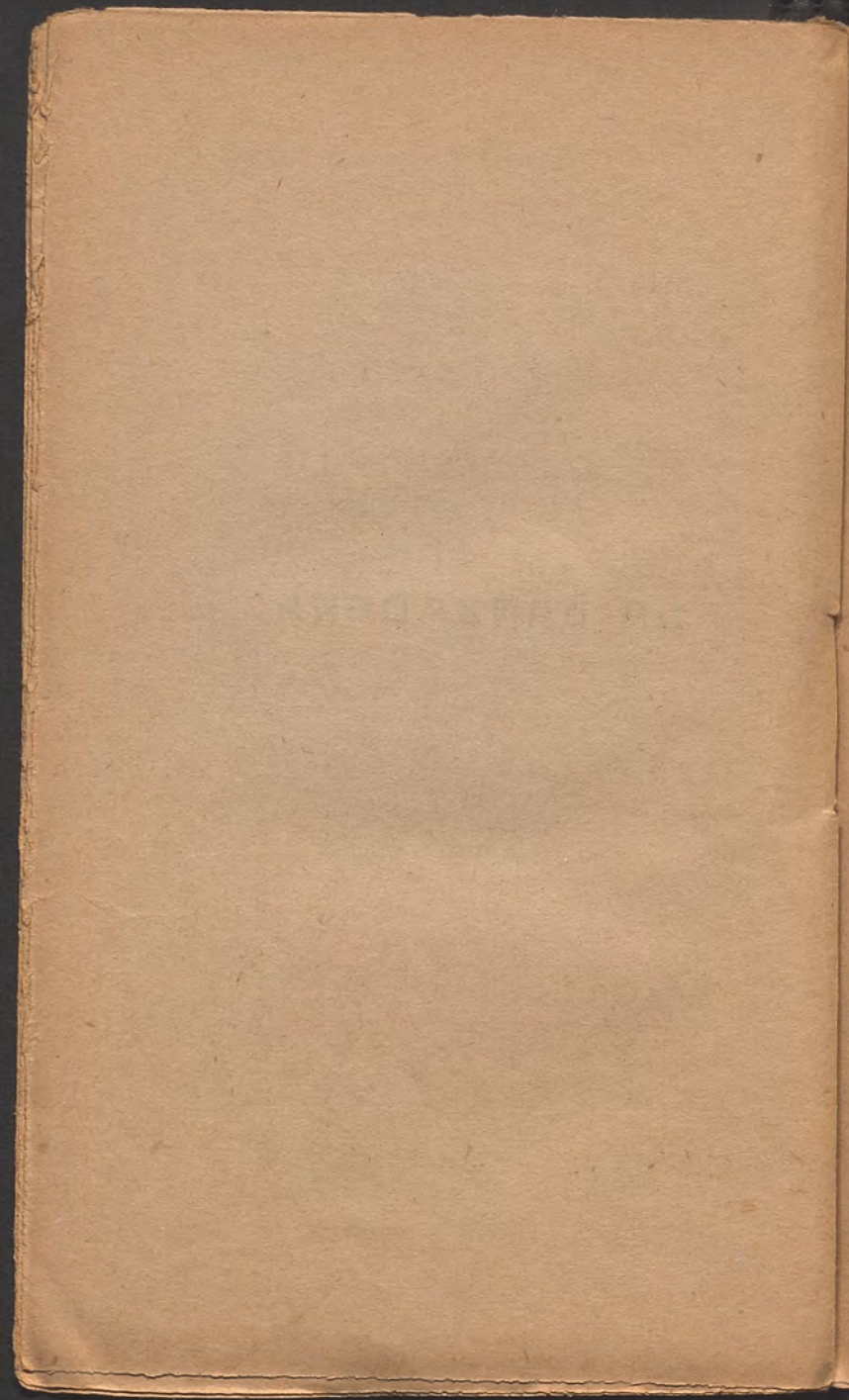
Al lado de aquel hombre, creyóse un angel.

¡Y era un parricida!

FIN



LA LANZADERA



La Lanzadera

—Llamáis frialdad al exceso de pasión, sosez á los desbordamientos del alma, y así discurrís, porque en esa monótona y enervante vida, en la que el deseo se cumple antes que esbozado, y el apetito se sacia apenas sentido, desconocéis las dulzuras del deleite, los encantos del cariño, las delicias de la pasión perfecta y desinteresada; disfrutáis con el abrazo que ordena la costumbre, no con el beso que brota en el corazón. Esto te parecerá rancio, vulgar, perjudicialísimo para el cuerpo y nada provechoso para el alma, y, piensas que debe salvarse aquél ya que se pierda ésta, pero yo, que en

tal materia, y en otras muchas, soy curioso hasta la médula de los huesos, con mis teorías vivo, y juro no poner ojos en mujer alguna, si al estrechar su mano entre las mías, prefiere al dulce escalofrío de la piel ardorosa, el sucio contacto de grasienta moneda.

Así hablaba Pepe Antúñez, gallardo mozo, romántico y un tanto poeta, á la hermosísima Julia, mujer de moda y muy cuidadosa de su persona, como que en ella tenía su única y fértil hacienda.

Era lugar de la conversación, el modernista saloncillo de la cortesana caldeado con el fuego de monumental chimenea, lleno de muebles de factura ridícula, luciendo en las paredes espejos quebrados en ricos marcos, y en el suelo, lujosa alfombra, donde los pies hallaban calor y refugio; y hora de la entrevista, la muy triste de un crepúsculo, frío y silencioso, con ese silencio que produce la nieve apagando en sus copos todos los ruidos.

Gustaba Antúñez del peligroso trato de Julia, porque ella, además de hermosa, era lo bastante discreta para cubrir las uñas de cortesana con guantes de refinada coquetería; además, las intimidades de aquella mujer, abriendo de par en par su elástico corazón, no para entregarlo, sino para poner de mani-

fiesto todos sus rincones, con el apretado revoltijo de risas y lágrimas, de senaños y deseos, amarguras y satisfacciones, permitían al novelesco joven penetrar en un mundo nuevo, en ese mundo de la mujer, totalmente desconocido del hombre, porque, si alguna vez lo vivimos, es con los ojos de la inteligencia cubiertos por la venda de la pasión. Y agradaba á Julia la charla de Pepe, porque este, con sus temas amorosos, maneras finas y trato moderado, removía en la inteligencia adormilada de la joven el dulce recuerdo de una honestidad lejana y fenecida; los arañazos que en su fina epidermis causaron las groseras familiaridades del hombre, curaban con las galantes atenciones de Pepe; al lado de este, reía y lloraba; al lado de los demás, sólo le estaba permitido reir.

Conociéronse ambos en un baile del Teatro Real, durante el que hizo ella su aparición en el mundo, apoyada en el brazo de un rico y ya talludo aristócrata, amigo de Antúnez; y durante la espléndida cena, ofrecida por el descubridor de la bella, pusieron aquellos los jalones de una amistad honda y desinteresada, que duró más tiempo que la protección del noble, y la de otros nobles y plebeyos que se sucedieron en el gobierno de los dominios de Julia.

En honor de la verdad, debo decir, que las visitas de Pepe eran escasas en número y cortas en duración, coincidiendo, las más de las veces, con destemplanzas del tiempo y acritudes de la Naturaleza, y aun en estas ocasiones, vacilaba mucho antes de decidirse á pisar los umbrales de la habitación de su amiga, porque, á despecho de sus teorías, no era esta costal de paja para el simpático joven, quien muchas veces vióse precisado á hundir los pies en la alfombra, clavar los ojos en las molduras de una cornucopia y coser los labios con muecas de forzada indiferencia, para impedir que labios, ojos y pies, se fueran á Julia en demanda de un pedazo de cariño. Y no cogían á esta de nuevo tales amagos de arrebató en su amigo, y aun le servían de gusto por lo que halagaban su amor propio de mujer mundana, pero firmemente resuelta á demostrar que no aceptaba, ni en broma, las románticas teorías de Pepe, y sabedora de que la amistad de un hombre y una mujer guarda más el calor cuanto más lejos se mantiene del fuego, apenas se advertían en su amigo los primeros síntomas del ataque amoroso, poníase en actitud de defensa, ocultando sus pies, antes demasiado visibles; entre las crugientes faldas, apagando con rápido parpadeo el brillo de sus ojos, y hun-

diendo el cuerpo en las blanduras de la marquesina, al impulso de unos cuantos tiritones finjidos.

Aquella tarde, obscura y nevosa, estaba Julia de buen humor. Días antes, había visto en el escaparate de la joyería de moda una linda *lanzadera* de brillantes. Tener un capricho era buscar agradable ocupación en la tarea de satisfacerlo, y en dicha tarea trabajaba con obstinado entusiasmo, cuando llegó á interrumpirla, la para ella siempre grata, visita de Pepe Antúnez.

Y como de costumbre, apenas rendidos los cumplimientos de ritual y pagado tributo á los inevitables tópicos, engolfóse él por centésima vez en los obligados conceptos del amor puro y noble sin ribetes ni mezcla de apetitos materiales, y lo hizo con más entusiasmo que nunca, como si el calor que faltaba en la calle se hubiera concentrado en sus ideas; y, en tanto Julia, agena por completo á las ardientes peroraciones de su amigo, fijos los ojos en el estupendo león que manos inhábiles dibujaron en la alfombrilla de la chimenea, empujaba con su menudo pie los troncos rebeldes á engrosar el brillante canastillo de brasas, cuyos movibles resplandores, antojábansele destellos de la codiciada joya. De pronto asomó en sus labios esa sonrisa de triunfo que acompaña siem-

pre á las ideas luminosas; hizo aprecio con una mirada honda de los méritos de su amigo, y satisfecha del examen, entró en conversación, como si no hubiera perdido una sola palabra, de las muchas y muy retumbantes pronünciadas por Antünez.

—¿De manera, Pepe, que no crees en la existencia de la mujer apasionada, y, á tu juicio, somos todas unas indecentes mercachifles incapaces de inflamarnos al contacto de esas llamas del corazón, que no deben quemar gran cosa, á juzgar por el tiempo que ardes tú en ellas?

—No, no creo en esa mujer.

—¿Pero la buscaste?

—Sí.

—¿Donde?

—En todos los sitios donde me fué posible frecuentar su trato, poseer su confianza, vivir en su intimidad; pero siempre en vano. Todas lo mismo, todas; mercachifles, como tú dices, nada más que mercachifles. Incombustibles, como las arcas de caudales.

—¿Y si no encontraste la mujer que buscas, porque te impidió verla la ceguera de tus sentidos?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, que esa mujer existe; más todavía, esa mujer apasionada que todo lo olvida, todo lo abandona para

responder á los aldabonazos del corazón, se encuentra en todas partes, en todas las clases, en todas las condiciones, y el hombre que la busca y no da con ella, es muy desgraciado ó muy torpe.

—Gracias.

—No, no te ofendas. Eres torpe, pero la torpeza en cuestiones de amor, es fruto casi siempre, de encantadora sinceridad.

—Ni me ofendo, ni me convences.

—¿Quieres apostar cualquier cosa, á que antes de una hora, te demuestro la existencia de esa mujer, por tí tan deseada?

—Acepto. ¿Qué apostamos?

—Casi nada. Una caja de tabacos, contra... contra una *lanzaderita* que ví ayer en el escaparate de X, debajo de una *riviere* de brillantes y entre dos aderezos de perlas; un capricho sin importancia.

—No hay más que hablar. Apostado.

Se levantó Julia, y fué á cerrar cuidadosamente los lagrimosos cristales del balcón; por ellos sólo entraba obscuridad. Dirigióse á un extremo del gabinete para dar luz á la lujosa lámpara que pendía del techo, pero detúvose á mitad de camino y volvió á su asiento, no sin tropezar antes con Pepe, que al contacto de su amiga, sintió un cosquilleo de gusto.

— Dispensa chico. — dijo. — ¿No quieres luz, verdad? ¿Para qué? En las noches de invierno, esta luz eléctrica, tan misteriosa y blanquecina, tengo la aprensión de que enfría. Prefiero la llamada intermitente de los leños; de pronto mucha luz, luz con calor, dando tonos rojos á todos los objetos; luego la llama mengua, parece que en las brasas brotan violetas. Y mira, jamás lo advertí hasta hoy; al contacto del fuego parece que esas maderas adquieren nueva vida; esta, que ahora empujo con el pie, llora; aquella última, la de la cabeza con ojos y boca, no me cabe duda, ríe, ya lo creo que ríe, y tal vez de nosotros... Tome V. atrevida; al fuego, con cabeza y todo... ¡Cuanta luz!... Chico, qué cara tan mustia. ¿Qué te pasa? ¿qué piensas?

—¿Que quieres que piense, Julia? En la obscuridad se ven mucho más claras las cosas del alma.

—Es verdad. ¿Y no has notado también que los ojos crecen á medida que la luz disminuye?

—Es cierto; y como los ojos, según dijo no se quien, son los espejos del alma, buena ocasión, ahora que los tienes abiertos de par en par, para ver lo que pasa dentro de la tuya.

—Mira; pero poquito rato... ¿Qué ves?

—¡Que he de ver! nada. En tu alma no hay ningún retrato, ninguna imagen, ni siquiera un recuerdo. Mi teoría, siempre mi teoría.

—¡Vuelta á las andadas! Pero siéntate aquí, que ya has visto bastante. Además, tus esfuerzos son inútiles; no sabes mirar. En los ojos de la mujer debe mirarse de la misma manera que se miran los precipicios; sólo así se ven esas imágenes, que tú tratas de descubrir en mi alma, y que existen, ¡ya lo creo que existen! pese á tu ceguera y á tus inverosímiles teorías.

—Pues si existen... ¡dichoso mortal cuyo recuerdo mereció tan hermoso relicario!

En aquel momento, cogió Julia dos troncos en el depósito que los contenía, y arrojólos de golpe á la lumbre, levantando una lluvia de chispas. Era preciso mantener el fuego, y avivar la única luz que alumbraba la estancia.

—Y dime, chica, ¿puede saberse de quién es la imagen que tan cuidadosamente guardas; esa imagen, que según dices, se ve en el fondo del alma, mirando el blanco de los ojos como... si, ya recuerdo, como se miran los precipicios?

—Míralo y lo sabrás.

—¿Y, como se miran los precipicios?

Hizo Julia un ligero mohín de disgusto é impaciencia, envolvió á su amigo

en profunda mirada llena de halagos y provocaciones, y echóse perezosamente en la butaca, contemplando los progresos que hacía el incendio en los dos troncos deformes, condenados por su vano al fuego de la hoguera. En tanto, Antúnez, daba vueltas á su magín, en busca de la incógnita del precipicio, y para encontrarla puso sus ojos en el techo, y en él no vió más que los móviles resplandores de las llamas; miró á su alrededor, y las paredes, envueltas en suave obscuridad, nada le dijeron; bajó la vista al suelo, y la cabeza del león parecía querer salirse del marco pajizo de la alfombra, mostrándole unos ojazos muy grandes y muy abiertos... Allí estaba la clave del enigma. Trató de reir, y no pudo; levantóse radiante, lleno de gozo; su pecho tenía movimientos de fuelle, sus músculos contracciones de atleta; abrió los brazos...

—¡Julia!

—Tonto.

En aquel momento, las dos astillas echadas al fuego por la cortesana, empezaban á ser pasto de la lumbre. En sus aristas, tras breve hūmear, brotaron llamas; estas llamas lamieron rápidamente las leñosas cortezas, consumiendo el vello de la madera; luego fijáronse en los extremos, para formar una sola y brillantísima, con cerco violáceo,

que bien se alargaba, simulando lengua flamígera, se encogía en contracciones violentas, hundíase en la ceniza, pretendiendo ocultarse en el polvoriento lecho, y surgía de nuevo con alegre nimbo de chispas, inundando de luz las negras paredes de su encierro. Aquellos troncos parecían vivir la vida del fuego; estrechamente abrazados, confundidos en una sola llamarada, sudorosos, temblaban de placer al contacto del cálido vapor que circulaba por sus vetas, haciendo estallar con ténues chasquidos los residuos de seca y blanquecina savia. Parecían dos faunos monstruosos, retoriéndose grotescamente en los espasmos del placer. De pronto un borbotón de fuego brotó de sus cortezas, consumióse la base que los sostenía, y, lanzando un quejido, rodó cada uno por su lado, envuelto en humo y ceniza. Después, pequeñas chispas corriendo por los lomos de los leños, como gusanillos de luz, un círculo negruzco en cada placa de fuego, el frío de la calle fabricando cenizas...

A la medrosa luz de la lumbre, pudo verse á Pepe Antúnez, que, en actitud triunfante se despedía de Julia, gozoso por la derrota sufrida en sus desconsoladoras teorías, pero llevando en el alma los fecundos gérmenes de esa tristeza de la dicha de que habla el poeta.

El amor por el amor ¡cuanta hermosura! Sintió frío; aquella nieve de la calle procuraba meterse por los intersticios del balcón. De repente una luz vivísima se hizo, apagando el mortecino resplandor de la leña que ardía; era la luz de la lámpara, que antes les pareció heladora y tristona.

Cogió Pepe su abrigo; ayudóle Julia á vestirlo levantando el afelpado cuello del gabán con fatigosa solicitud; juntos fueron hasta la puerta, despacio y silenciosos...

—Adios, Julia.

—Adios, Pepe. Y que conste que gané la apuesta. Ya sabes, la lanzadera, debajo de una riviére y entre dos aderezos... No lo olvides.

Volvió la cortesana á su gabinete. Puso los ojos nublados en el fuego de la chimenea; antes todo vida y calor; ahora silencio y frío; ¡unas cuantas brasas que despedían destellos de lanzadera, defendiéndose de la invasión de la ceniza!

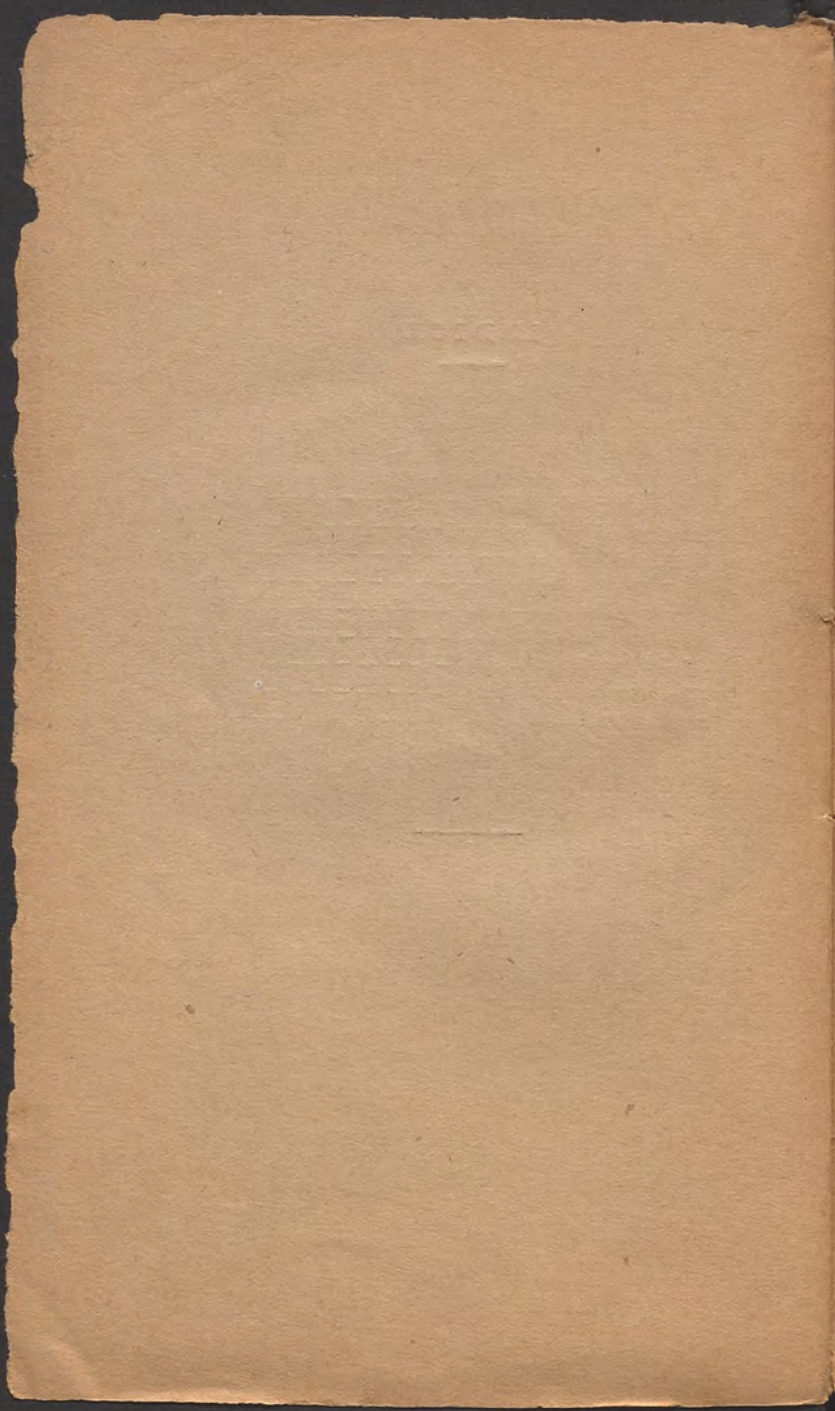
En tanto Antúnez, iba escaleras abajo mascullando trabajosamente aquel prosaico recordatorio que obró sobre su ánimo inquieto cual piqueta de albañil en muro cuarteado; y ya en la calle, mientras sus pies crugían al pisar temerosos la morena y accidentada zanja, abierta en la nieve á fuerza de pasos y que se destacaba en la blancura del pi-

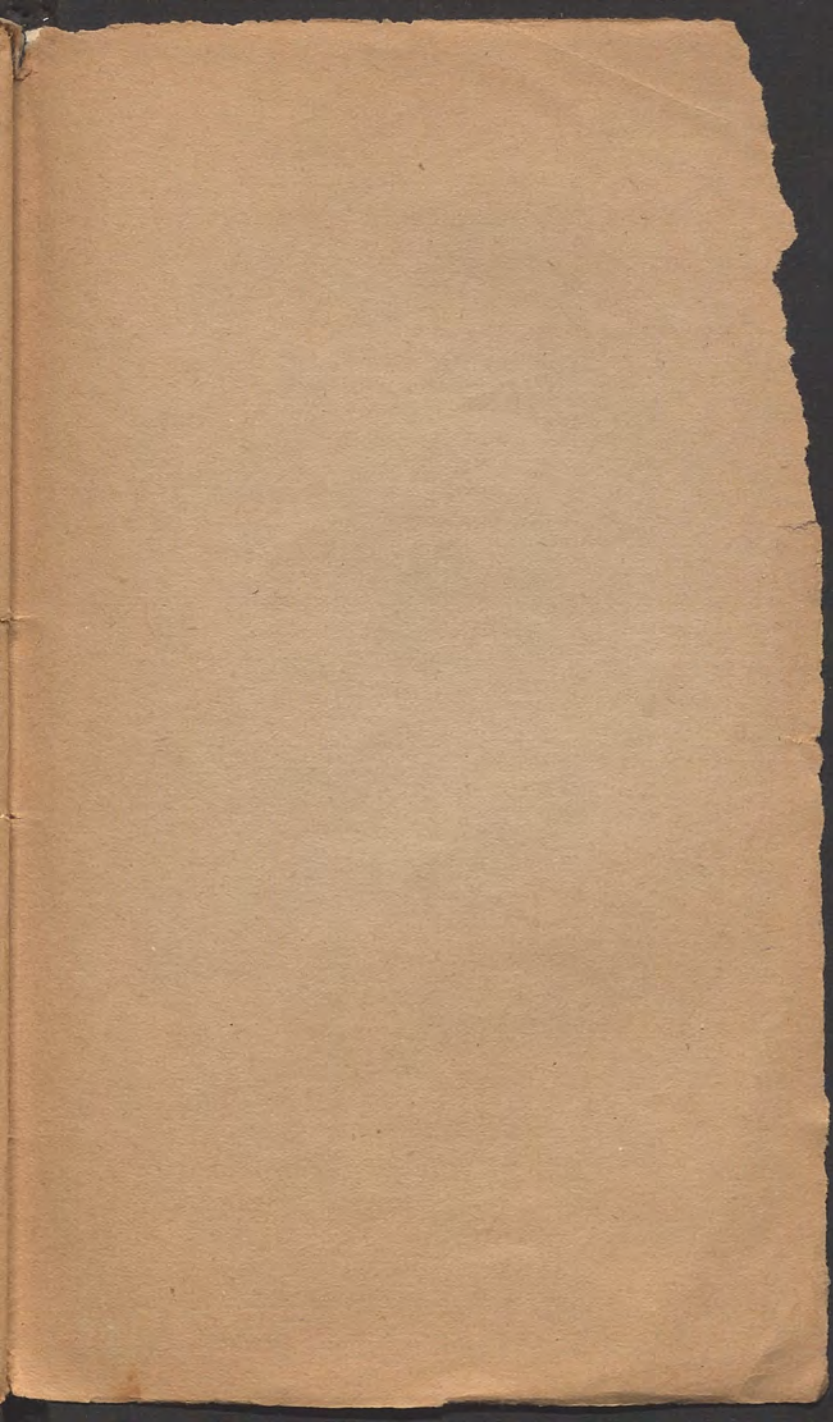
so como surco de estiércol en macizo de flores, dióse á desliar el embrollo de ideas que danzaban en su cerebro, sueltas y esponjosas, cual los copos aquellos, que al calor de su rostro se convertían en lágrimas. La lanzadera... el león... los apetitos del deseo... los bostezos de la hartura...; y todo retorcido y humeante, como su propio aliento, como los leños del hogar de Julia; todo negro, todo amargo; ¡y tan amargo! ¡tenía la boca llena de ese amargor extraño que dejan las flores cuando se muerden!

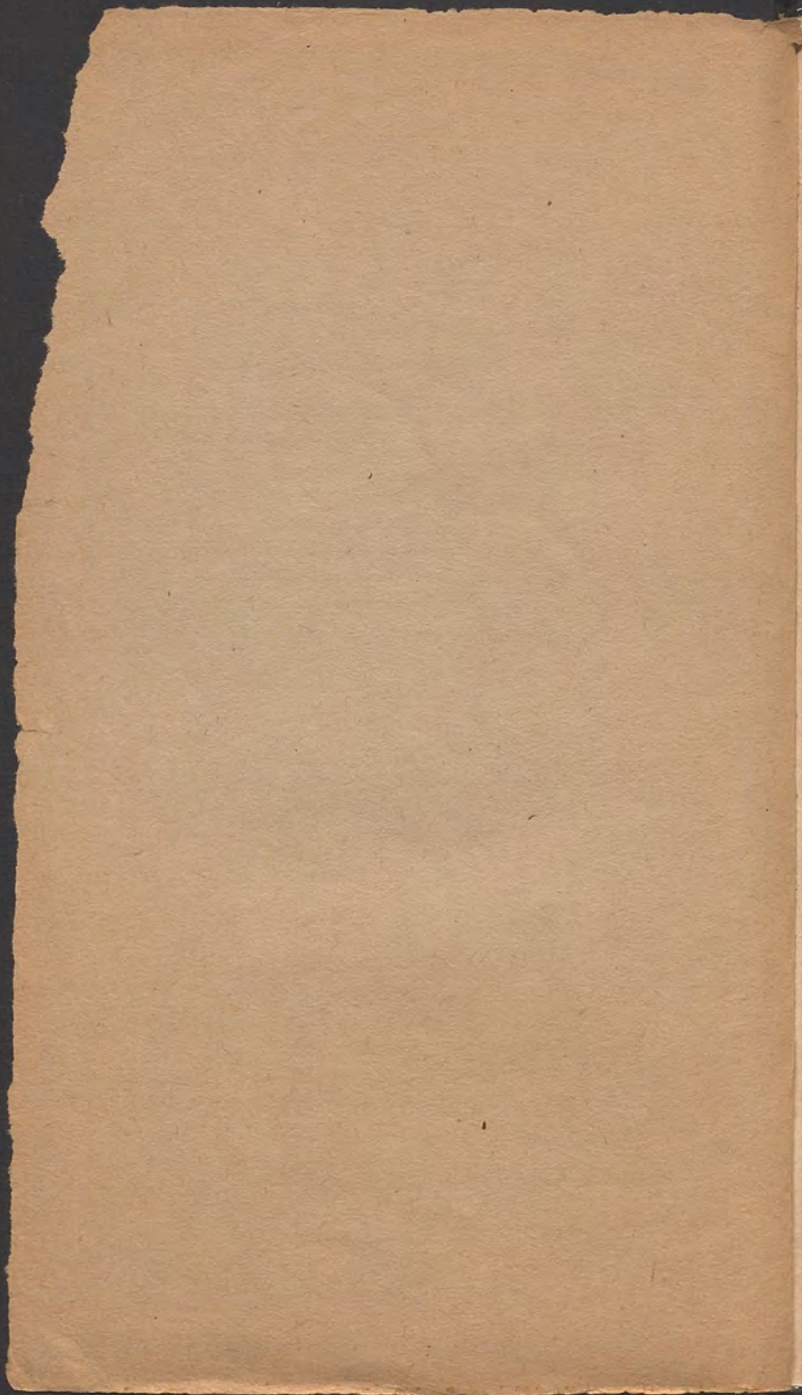
M. Turmo.

ÍNDICE

I.—El lugar del suceso... ..	5
II.—Los personajes... ..	17
III.—La acción... ..	28
IV.—Una escena... ..	49
V.—La trama... ..	68
VI.—Acto cuarto... ..	76
VII.—El desenlace... ..	91
VIII.—La moral de D. Diego... ..	105
La Lanzadera... ..	111









La Vida Literaria

Universidad de Zaragoza Biblioteca



No

3211515078

aras

1. E. Greville.—**EL SECRETO DE DOSIA.**
2. — **EL MARTIRIO DE RAISA.**
3. — **SUSANA NORMIS.**
4. — **UNA VIDA DE AMOR.**
5. O. Feuillet.—**CORAZÓN REBELDE.**
6. P. Merimée.—**CARMEN.**
7. T. Orts-Ramos.—**CONFESIONES DE MUJERES.**
8. P. du Terrail.—**EL SECRETO TERRIBLE.**
9. De Stendhal.—**LA ABADESA DE CASTRO.**
10. H. de Balzac.—**EL HIJO MALDITO.**
11. Ramón Orts-Ramos.—**LOS MAYORAZGOS DE BENELOJA.**
12. T. Gautier. — **JETTATURA.**
13. A. Scholl.—**LOS AMORES de una MUERTA.**
14. F. Dostoyeuski.—**LOS PRECOCES.**
15. Champfleury.—**EL VIOLÍN DE PORCELANA**
16. F. Champsaur.—**EL CORAZÓN.**
17. H. de Balzac.—**MASSIMILLA DONI.**
18. Puskín.—**EL BANDOLERO DUBROFSKI.**
19. C. Dickens.—**LA BATALLA DE LA VIDA.**
20. M. Turmo.—**UN DRAMA EN ANTIGUA.**

Últimas Publicaciones

- De Stendhal.—**ARMANCIA.**
- E. Greville.—**LUCÍA RODEY.**
- Ponson du Terrail.—**LA MONTARA**
- E. Poe.—**AVENTURAS DE GORI**
- ***.—**MEMORIAS DE UN POLICIA.**
- E. Bosquet.—**LA NOVELA de las OBRERAS.**
- C. Aubert.—**LA CASAMENTERA.**
- C. Dickens.—**OLIVERIO TWIST.**
- **EL TRIUNFO de la INOCENCIA.**

G - 15

Pídase el Catálogo general